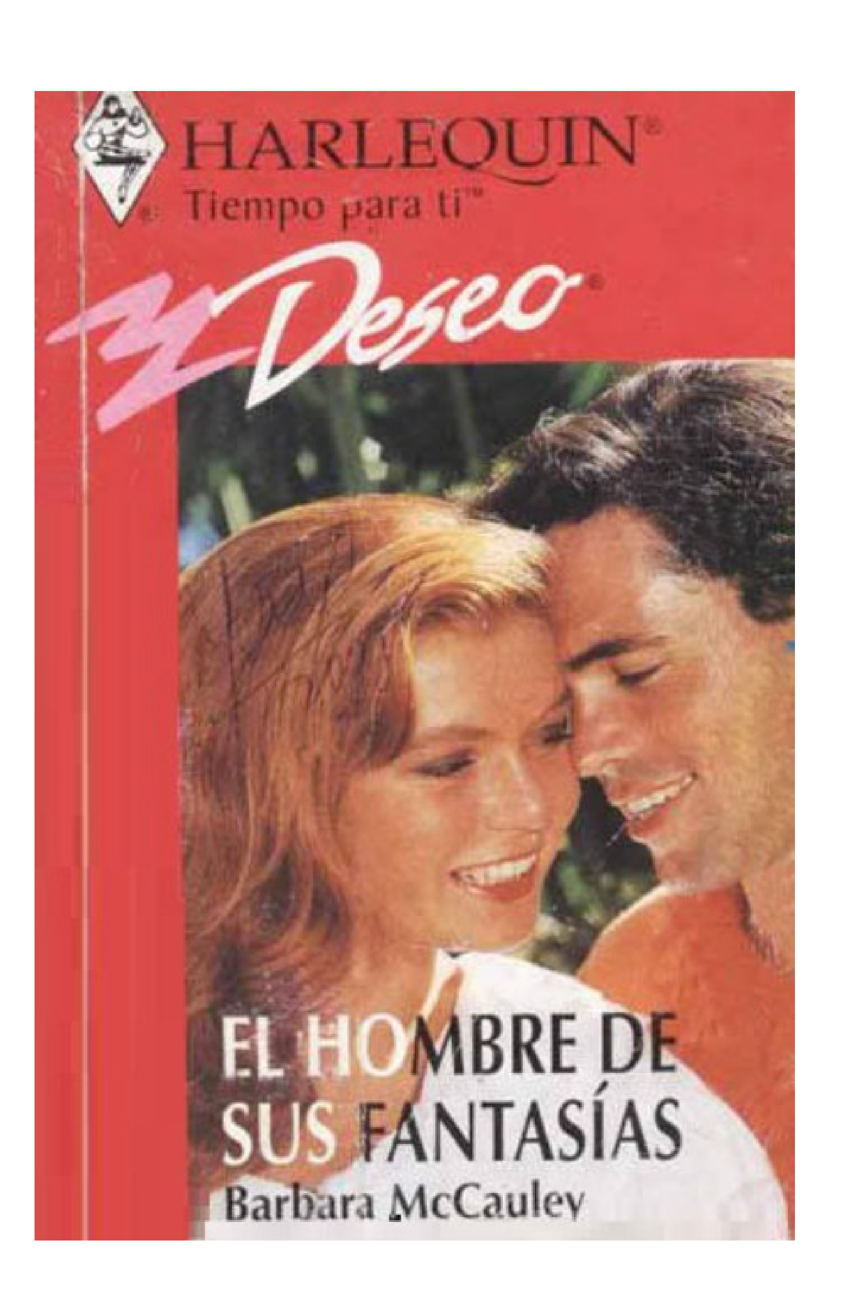

HARLEQUIN
Tiempo para ti
Deseo
EL HOMBRE DE SUS FANTASÍAS
Barbara McCauley

El hombre de sus fantasías

Nick Santos, con su encanto devastador, siempre había sido la fantasía sexual de Maggie Smith. De modo que cuando a la tímida Maggie se le presentó la ocasión, se las ingenió para seducirlo... y se marchó con un regalo inmejorable.

Al reencontrarse de nuevo con el hombre de sus sueños, Maggie sabía que no podía seguir guardando aquel secreto. Nick aseguraba estar hechizado por la belleza de Maggie, cautivado por su corazón apasionado y fascinado por el hijo pequeño de ella... Pero, ¿no se arruinaría ese amor tan maravilloso si Santos descubría que él era el padre de ese niño?

Capítulo Uno

Nick Santos era el chico del que todas las madres de Wolf River precavían a sus hijas. Le bastaba con la sonrisa para seducir al diablo; pero sus ojos, aquellos ojos negros y misteriosos... «No te juntes con ese chico», solían decir las madres a modo de advertencia. Porque Nick Santos era un problema; un problema con P mayúscula.

Era peligroso, le gustaba la velocidad y, después de doce largos y muy lucrativos años ganando dinero como motociclista, había vuelto.

En un principio, había creído que sólo regresaría para asistir a la boda de su mejor amigo, Lucas Blackhawk. En ningún momento había pensado quedarse allí más que unos pocos días. El nunca paraba mucho tiempo en ningún lado; pero ahora se daba cuenta de que, antes incluso de enterarse de la boda de Lucas, algo lo había estado atrayendo hacia allá; una fuerza invisible e inexplicable a la que no era capaz de dar nombre.

Había supuesto que, una vez regresara, la sensación desaparecería tan rápidamente como un Ferrari en una autopista; pero habían pasado seis meses y no sólo seguía en Wolf River, sino que, con treinta y tres excelentes y maduros años, se había retirado del motociclismo y había abierto su propio negocio: Taller de Motocicletas Santos. No por dinero, pues ya había ganado tanto que no sabía ni cómo gastarlo; sino por el placer de trabajar, arreglar y mejorar las motos que ponían en sus manos. Le encantaba la mecánica y tenía un instinto con las motocicletas que rayaba en lo sobrenatural. Poseía ese toque especial que lo convertía en un maestro, y todos lo admiraban por ello.

Por supuesto, las mujeres también lo adoraban...

Aunque apenas había tenido tiempo para compañías femeninas durante aquellos seis meses. Su negocio había levantado el vuelo nada más correrse la voz de que el cuatro veces ganador del Campeonato Nacional había abierto su propio taller. Los clientes hacían cola y llegaban de todas partes del país para que Nick los atendiera, de modo que no tenía tiempo para

ninguna actividad extracurricular.

Parado en la sección de congelados del mercado de Bud y Joe, pensó en su vida romántica, suspiró y contempló la invitación a cenar que SueAnn Finley le había hecho horas atrás: vino tinto, un filete tierno con patatas asadas… y el postre era sorpresa, había añadido la mujer con un susurro seductor. Pensó en el torneado cuerpo de la atractiva morena, en sus ojos marrones, denegó con la cabeza y abrió la puerta de las cámaras de congelados.

Por muy tentadora que fuera la proposición de SueAnn, tenía que arreglar un carburador antes de las nueve de la noche si no quería disgustar a uno de sus clientes. No le apetecía encargar más pizzas o hamburguesas, de modo que calentar unos congelados se presentaba como la opción más cercana a una cena hogareña. -

Los congelados se preparaban rápidamente, sin dificultad, a pesar de su escasa pericia culinaria; pero no podían compararse con las patatas y el jugoso filete con el que había estado fantaseando.

Y hablando de fantasías…

Sólo pudo ver el color caoba de su cabello al doblar la esquina, pero fue suficiente para hacer que Nick se alejara de los congelados para mirar con más detenimiento. Tomó un paquete de galletas de chocolate de uno de los estantes y dobló también él la esquina.

En efecto, su cabello era caoba, con algunas vetas castañas, y caía suelto alrededor de los hombros de una blusa de seda. La cintura encajaba a la perfección con la mano de un hombre, así como sus esbeltas caderas y redondeado trasero. Por no hablar de los pantaloncitos marrones que apenas cubrían sus largas y moldeadas piernas.

Estaba parada a poco más de un metro de distancia, con una cesta en una mano, dándole la espalda mientras leía la lista de la compra.

¿Quién sería?, se preguntó Nick mientras se aproximaba, fingiendo interesarse en una lata de melocotón en almíbar. Desde luego, no podía vivir en Wolf River y no haberse fijado en ella hasta ese momento.

Se acercó un poco más y pudo aspirar su fragancia, femenina, delicada, increíblemente seductora. Luego agarró un paquete de

macarrones y rezó para que la mujer se diera la vuelta, ansioso por comprobar si su cara estaba a la altura de su cuerpo.

Y se dio la vuelta.

Se quedó sin respiración al mirarla. Aquel rostro hacía juego a las mil maravillas con su cuerpo: piel de porcelana, rosados y voluptuosos labios y unos ojos verdes, grandes, expresivos... que ya lo estaban mirando.

«Sabe quién soy», pensó Nick halagado al notar que la mujer se había quedado pálida.

—Hola —la saludó con una sonrisa devastadora que había conquistado el corazón de las mujeres más resistentes—. Soy Nick Santos—se presentó.

Ella pareció asombrarse al oír aquella presentación, pero no articuló palabra alguna. Y, súbitamente, se dio media vuelta, echó a andar apresurada y se chocó contra una torre de latas de guisantes.

La torre se desmoronó, armando un tremendo estrépito y la mujer se cayó al suelo junto con las latas, que rodaron en todas direcciones.

—Estás bien? —se interesó Nick tras arrodillarse junto a la mujer.

Esta asintió con la cabeza y bajó la vista. Luego, cuando él le ofreció la mano para levantarla, se incorporó como si algo la hubiera quemado.

—Está bien, Maggie? —preguntó entonces George Kromby, un empleado del supermercado que había compartido clase con Nick durante el instituto.

La mujer lo miró con dureza, ruborizada. Parecía desesperada, aterrorizada... No podía tener miedo de él, ¿no?, se preguntó Nick. De pronto reconoció algo familiar en ella, aunque no supo señalar el qué. La fragancia de su perfume y la suavidad de su piel bajo la blusa le impedían concentrarse.

—¿Se ha hecho daño, Maggie? —insistió George, ya arrodillado junto a los dos.

—Estoy bien —repuso ella con una voz rugosa que hizo hervir la sangre de Nick. Se dio cuenta de que no quería soltarla, pero la mujer se apartó y se puso de pie—. Lo siento, George. Me tropecé de repente...

—Le dije a Rickie que esta torre dificultaba el paso —comentó George, recogiendo el bolso y la cesta de Maggie al

tiempo que criticaba a uno de los empleados.

—No, no, ha sido culpa mía. Lo siento —se disculpó Maggie —. Bueno, tengo que irme a casa —añadió tras esbozar una sonrisa que puso a George colorado.

—Salude a su madre de mi parte, señorita Smith —dijo él mientras Maggie se alejaba.

¿Señorita Smith?, ¿Maggie Smith? ¿Esa Maggie era la pequeña y delgaducha Margaret Smith, la de la coleta roja y las gafas de pasta?

Hacía doce años que no la veía, justo antes de marcharse de Wolf River. Estaba de aprendiz en un taller de mecánica y ella había aparecido con su padre, que necesitaba unos pistones para su motocicleta. Nick tenía veintiún años entonces, de modo que ella debía de tener dieciséis o diecisiete. Era la chica más tímida que jamás había conocido. Y era evidente que seguía siendo tan tímida como de adolescente. Pero, aunque Maggie no lo mirara a la cara, él sí que se había fijado en ella. Todavía no podía creerse que la pequeña Margaret Smith fuera esa mujer de cuerpo despampanante y precioso rostro.

Su perfume flotaba aún en el aire y, de pronto, se dio cuenta de que tanto él como Nick seguían mirando hacia el pasillo por el que Maggie había desaparecido.

—Tranquilo, yo recojo todo —reaccionó George por fin.

—Te ayudo —repuso Nick mientras alcanzaba una lata de guisantes—. ¿Qué tal los señores Smith?, ¿siguen viviendo en la Avenida Belview? —añadió con naturalidad.

—El señor Smith fue operado la semana pasada de la rodilla — respondió George a medida que apilaba latas de guisantes—. Maggie volvió ayer de Nueva York para echarle una mano a su madre.

Por eso no la había visto antes, comprendió Nick.

—Así que de Nueva York, ¿trabaja allí?

—La señora Smith dice que colabora con un periódico muy importante —contestó George con orgullo—. Tiene su propia columna y todo.

9Nick vio una tarjeta de crédito que había en el suelo y la recogió:

—Margaret Hamilton —leyó en voz alta. ¡Maldita fuera!, ¡estaba casada!—. Su marido debe de ser el que estaba esperando fuera. Un tipo grande de pelo rubio.

—Maggie está divorciada —lo informó George—. ¿Estás interesado en ella? —añadió con el ceño fruncido.

—Yo? Estoy demasiado ocupado para liarme con mujeres —contestó Nick, ocultando su satisfacción por las buenas noticias —. Ya sabes —añadió con un guiño de complicidad.

—Sí, claro. Cindy Crawford se ha puesto tan pesada que anoche mismo accedí a volver con ella —replicó George con sarcasmo.

—No creo que a Iris Sweeney le haga mucha gracia si se entera — comentó Nick, decidido a hacer un poco de alcahuete, a fin de aumentar el ego de George y de orientar la atención de éste hacia otras mujeres.

— ¿Iris Sweeney?

—Sí, la semana pasada la oí decir que tenías la mejor sección de alimentos envasados de toda la ciudad.

— ¿En serio? —preguntó George, sonriente—. Bueno, la verdad es que estoy bastante orgulloso de ella —añadió, encogiéndose de hombros.

—Natural —reforzó Nick—. En fin, tengo que irme —agregó, al tiempo que tomaba dos latas de guisantes.

—Échalos en una lata de sopa de champiñones —le recomendó George desde la distancia.

Cinco minutos después, finalizada la compra y olvidada la reparación del carburador, Nick salió pitando del aparcamiento de Bud y Joe en dirección a la Avenida Belview.

Nick Santos había vuelto. Todavía aturdida, Maggie había conducido hasta la casa de su padre y aparcó junto al Buick del 77 de sus padres. En la radio tronaba una espantosa canción de heavy metal, que jamás habría oído en circunstancias normales; pero había estado demasiado perturbada como para reparar siquiera en aquella desagradable sucesión de ruidos inarmónicos.

Nick Santos había vuelto.

No se lo habría creído de no ser porque éste se había dirigido a ella y la había tocado. Maggie cerró los ojos y suspiró. La había tocado de verdad.

Seguía demasiado atónita como para sentirse avergonzada por haber tirado la torre de latas de guisantes y haberse caído. Bonita manera de superar su timidez adolescente, pensó pesarosa. Sí que le habían servido los últimos cinco años como periodista independiente y agresiva… Había bastado con mirar a

Nick Santos y toda su confianza se había ido al traste.

Claro que si había una persona a la que no había esperado encontrarse, a la que no había querido ver de nuevo, ésa era Nick Santos.

¿Qué estaría haciendo allí?, se preguntó mientras reposaba la cabeza sobre el volante, tratando de serenarse. Nick se había marchado de Wolfriver hacía doce años, dos antes de que ella ingresara en la universidad de Boston. Se había hecho famoso con las motocicletas de la noche a la mañana. Los medios de comunicación lo adoraban, no sólo por su apostura y su encanto, sino por su compromiso con diversas ONG. En una ocasión, hasta había donado a un orfanato el dinero que había ganado por un anuncio de pantalones vaqueros.

Nick Santos, con su sonrisa devastadora y sus ojos hechizantes. Lo había visto en un sinfín de revistas y periódicos sensacionalistas que habían intentado buscar asuntos turbios en su vida privada.

Pero había un artículo que no había podido olvidar: una demanda de paternidad presentada por una bonita rubia...

Nick había terminado ganando el caso. Su abogado había logrado demostrar que la mujer había mentido para conseguir dinero; pero la batalla había sido dura, muy seguida por los medios de comunicación, y todos los detalles de su vida privada habían sido aireados: la madre alcohólica que lo había abandonado a los diez años, el padrastro que le pegaba, el año que había pasado en el Reformatorio de Wolf River, así como su estrecha amistad con Lucas Blackhawk y Killian Shawnessy.

Habían violado su intimidad, pero él había salido airoso y había esquivado hablar de su pasado con los periodistas, seduciéndolos con su inteligencia y encanto...

Y había vuelto. Que Dios la ayudara, pero había vuelto.

Salió del coche y, aunque notó que las piernas le temblaban, se obligó a mostrarse tranquila frente a sus padres. Abrió la puerta y olió el aroma de la ternera que su madre había cocinado.

—Qué pronto vuelves —comentó Ángela Smith mientras salía de la cocina—. ¿Lo has encontrado todo bien? El nuevo empleado que George ha contratado ha cambiado las cosas de sitio y me tiene hecha un lío. La semana pasada me tiré cinco minutos para encontrar el zumo de naranja... Por cierto, ¿te has

tomado el vaso que te puse antes? —añadió la madre, girándose hacia su marido, en el salón.

El padre de Maggie asintió sin levantar la vista del periódico que estaba leyendo. Tenía una pierna vendada y una bata azul cubría el resto de su cuerpo.

Maggie se dio cuenta de que se había ido del mercado sin comprar nada. ¿Cómo iba a haber hecho la compra después de haber visto a Nick?

—Yo... se me perdió la lista que me diste

—Contestó Maggie—. Tendré que volver.

—No te preocupes, cariño. No hay nada que no pueda esperar hasta mañana. La cena ya está casi lista —dijo la madre—. Estás un poco pálida. ¿Te pasa algo? —añadió Ángela, con el ceño fruncido.

—No, nada. Estoy bien, perfectamente Luego se giró para que su madre no notara que estaba mintiendo y dejó el bolso sobre la mesa de la entrada. Ángela Smith sabía todo cuanto sucedía en Wolf River. ¿Acaso no le había contado lo del divorcio de Helen Burnette?, ¿lo de la discusión entre Phyllis White y Susan Meyer por los ladridos del perro de ésta?

¿Cómo podía contarle eso y no mencionar siquiera que Nick Santos había vuelto a la ciudad? ¡Ese hombre era una celebridad, por todos los santos!

Aunque quizá no estuviera viviendo allí. Puede que sólo estuviera visitando a Lucas BlackhaWk. Maggie sabía que Lucas se había casado con Julianna Hadley meses atrás y que Nick había sido el testigo del novio. Sus padres habían sido invitados al banquete de bodas; de hecho, casi toda la ciudad había estado presente en aquella fiesta. Su madre no había parado de decirle la maravillosa pareja que Lucas y Julianna hacían. Y cuando le había empezado a contar lo encantador que había estado Nick, invitándola a bailar, Maggie había colgado el teléfono de inmediato. No podía hablar de Nick con su madre. De hecho, no podía hablar de él con nadie. Nunca.

—Cariño, ¿seguro que estás bien?

—Sólo un poco cansada —repuso Maggie, consciente de que llevaba medio minuto parada frente al espejo—. Voy a ver qué tal está Drew y luego pondré las patatas a calentar.

—Drew sigue viendo el vídeo que le pusiste antes de marcharte, y las patatas ya están asándose. Por cierto, la señorita

Perry, la directora del colegio, ha llamado mientras estabas fuera. Dice que abren el lunes y que puedes llevar a Drew si te apetece.

Gracias a Dios, pensó Maggie. Un niño de cuatro años sin nada que hacer era como estar ante un tornado aguardando a que se calmara. Estaría mucho más entretenido jugando con otros chicos, y ella estaría más relajada... O al menos eso había creído hasta haber visto a Nick. Mantener la calma y la cordura iba a ser una tarea complicada a partir de ese momento.

—Acuéstate un rato —le recomendó su madre—. Te avisaré cuando la cena esté lista.

Sí, unos minutos a solas le irían bien para serenarse, se dijo Maggie mientras iba a su vieja habitación. Ver a Nick sólo había sido una coincidencia desafortunada, lo más probable fuera que estuviera de paso por la ciudad para saludar a Lucas y, aunque pensara quedarse unos días, Wolf River no era tan pequeña, de modo que la probabilidad de cruzarse con él de nuevo era prácticamente inexistente.

Antes de entrar en su dormitorio, Maggie se acercó a su padre para darle un beso en la mejilla. Se había jubilado hacía sólo seis meses y tenía demasiado tiempo libre. Incluso a pesar de llevar treinta y seis años casados, a su madre, que tenía más paciencia que una santa, le estaban entrando ganas de estrangularlo. Y si había estado pesado antes de la operación, desde entonces estaba el doble de gruñón.

— ¿Quieres algo, papi? —le preguntó.

—Tráeme un whisky y un puro —contestó él con voz ronca—. Te pagaré en efectivo.

—El dinero no me servirá de nada si estoy muerta. Mamá dice que no puedes tomar alcohol ni tabaco hasta que no te hayas recuperado y como te oiga toser por mi culpa nos dará tina paliza a los dos.

El padre de Maggie se limitó a murmurar algo sobre esposas histéricas e hijas desagradecidas...

Y sonó el timbre.

— ¿Puedes abrir? —Le pidió Ángela desde la cocina—. Jim Becker va a traernos unas muletas para papá.

Maggie sonrió al ver que su padre escondía la cabeza en el periódico. Sabía que era un hombre testarudo, pero si alguien podía controlarlo ésa era su madre.

Salvo por su encuentro con Nick en el supermercado, se alegraba de haber vuelto a casa. Había echado de menos el olor fragante de la cocina, las cancioncillas que tarareaba su madre, hasta el carácter hosco de su padre. La vida se le había complicado mucho en los últimos años, comprendió de repente.

Y por eso tenía que disfrutar de su estancia en Wolf River. Disfrutar de Drew y de la compañía de sus padres. Hacía mucho que había dejado atrás el pasado. Para ella sólo existía el presente.

El timbre volvió a sonar y cuando Maggie abrió la puerta, el pasado que había dejado

Capítulo Dos

Atrás apareció frente al umbral, mirándola con unos ojos tan oscuros y profundos como un bosque a medianoche.

Nick no recordaba haber visto unos ojos tan verdes y grandes... ¿y nerviosos?

De modo que sí que seguía siendo tímida, pensó con agrado. La mayoría de las mujeres parecían demasiado seguras de sí mismas, casi intimidantes incluso. Le gustaba que vacilaran un poco; sobre todo si él era la causa de tal inseguridad.

—Perdiste la tarjeta en el mercado y compré un billete para dos a Jamaica. Pensé que no te importaría —bromeó Nick—. Nos vamos la semana que viene.

Maggie lo miró, pestañeó y agarró la tarjeta de crédito.

—Gracias.

Y luego le cerró la puerta en las narices. Lo cual no era precisamente lo que él había esperado.

Puede que la Maggie Smith que recordaba fuera tímida, pero también era amable, pensó Nick intrigado.

Notó que la señorita Potts, la vecina de al lado, estaba regando las plantas del jardín. Había trabajado en el Reformatorio de Wolf River durante la estancia de Nick allí, y ya entonces era mayor. Ahora parecía mucho más frágil y fingía no haber visto que Maggie le había dado con la puerta en las narices.

Puede que ésta siguiera viéndolo como una especie de criminal, aunque ya hubieran pasado veinte años de su paso por el reformatorio. Su «pecado» había sido darse una vuelta con Linda Landsky en la nueva moto del hermano de ella. No había ocurrido nada, pero Bobby Landsky no se había mostrado comprensivo. Y el juez tampoco.

Aunque no le había importado ir al reformatorio. Allí había conocido a Lucas e Ian, le daban de comer todos los días y nadie le pegaba en el estómago por dejar la ropa en una silla o poner la música muy alta. De hecho, casi habían sido unas vacaciones para él.

Pero de eso hacía mucho tiempo. No era posible que ésa fuera la causa del nerviosismo de Maggie.

Miró la puerta y frunció el ceño. Sabía que tenía trabajo pendiente y que debía marcharse; pero Nick Santos no era un hombre que re huyera los desafíos. Y esa Maggie Smith, fuese quien fuese, era, sin duda, todo un desafió.

Volvió a llamar a la puerta y esta vez fue Ángela Smith la que la abrió, segundos más tarde.

- ! Nicholas Santos!, ¡qué sorpresa tan agradable! Pasa, pasa —lo invitó—. No te veía desde la boda. Maggie, cariño, ¡mira quién ha venido!

Maggie se tomó un instante para calmarse y luego se giró con una sonrisa en los labios.

—Nos topamos en el supermercado —comentó Nick.

—Por qué no me lo habías dicho? —le preguntó Ángela a su hija—. Bueno, ya que has venido, llegas a tiempo para cenar. Y no admito un no por respuesta. Te gusta el asado con patatas, ¿verdad, Nick?

—Me encanta —repuso éste—. ¿Necesitas guisantes? —le ofreció luego a Ángela.

—Qué detalle! —exclamó ésta—. Precisamente había mandado a Maggie por una lata; pero se olvidó de la lista —añadió, al tiempo que la hija se sonrojaba.

—Saben riquísimos con crema de champiñones —apuntó Nick.

—¿Sabes cocinar? Es fantástico, Maggie. Sabe cocinar —le dijo Ángela—. Cielos, tengo que ocuparme del postre. Maggie, cariño, lleva a Nick a que salude a papá.

Nick observó un ligero temblor en Maggie cuando su madre los dejó a solas. Se quedó

rígida como un poste y batalló entre mostrarse educada y echarlo a patadas de la casa.

Se debiera a lo que se debiera, Nick tuvo la certeza de que ahí había algo más que mera timidez.

Un desafío y un misterio... Ya sólo quedaba que lograse hablar con ella.

—He oído que te casaste.

—Sí —repuso Maggie.

Nick frunció el ceño. Se suponía que tenía que haber respondido que se había divorciado.

—Y también he oído que te has divorciado.

—¿Ah, sí?

—Y que eres periodista de un diario de Nueva York. Con tu propia columna y todo

—insistió Nick.

—Has oído muchas cosas.

—Y es verdad?

—Que soy periodista?

—Que te has divorciado.

—Sí.

Nick se acercó a ella. Olía de maravilla...

—Podríamos quedar para cenar alguna vez. Contarnos qué hemos hecho en los últimos doce años.

—No creo, Nick —Maggie dio un paso atrás—. He venido a cuidar de mi padre unas pocas semanas. No voy a tener tiempo.

—Un café, entonces —propuso Nick, aproximándose de nuevo a ella—. Mañana por la noche.

Maggie palideció, se quedó quieta un segundo y luego lo agarró por un brazo y tiró de Nick hacia el salón:

—Por qué no saludas a mi padre?

El súbito cambio de conversación lo sorprendió pero, dado que al menos lo estaba tocando, decidió que estaba progresando.

_Qué tal la pierna, señor Smith? —le preguntó Nick a la página de deportes.

El periódico descendió. Boyd Smith estaba igual que siempre, aunque tenía el pelo canoso y sus entradas eran más profundas.

—¿Sigues montando en moto, Santos?

—Sólo por placer, señor.

—Tienes whisky?

-No.

—¿Y un puro?

—Me temo que tampoco.

—La próxima vez ven con las dos cosas.

—Sí, señor.

El periódico ascendió y Nick comprendió que la conversación había concluido; no muy larga, pero productiva, pues había sido invitado nuevamente. Le lanzó una sonrisa a Maggie y ésta, al darse cuenta de que seguía sujetándole el brazo, retiró la mano.

—Perdón —se retiró ella—, tengo que... ver una cosa. ¿Por que no te sientas? Vuelvo en

un…

—¡Mami, la peli ha terminado!

Dos bracitos agarraron a Maggie por la parte trasera de las rodillas, haciéndola perder el equilibrio y caer en los brazos de Nick. Este la recogió con suavidad, disfrutando del tacto de sus pechos contra el torso. Y cuando ella intentó separarse, para deleite de Nick, sólo consiguió que la fricción aumentara.

Maggie alzó la vista y miró con expresión, aterrorizada. Después, tras lograr liberarse, se giró hacia el torbellino moreno que la había tirado.

—Drew! —lo reconvino Maggie—. Te he dicho mil veces que no hagas eso.

—Se me olvidó —el pequeño metió las manos en los bolsillos y miró al suelo afligido—. Lo siento, sólo quería abrazarte.

Nick se dio cuenta de que el chico le estaba echando teatro. Era bueno, pensó divertido. No sabía nada de niños, pero calculó que éste debía rondar los cinco años. Tenía el pelo negro, al igual que sus ojos y sus densas cejas. Ya juzgar por el tamaño de sus pies, sería un gigantón cuando cumpliera los dieciséis.

Así que la pequeña Maggie tenía un hijo…

—Los abrazos tienen que ser cariñosos, cariño —le dijo ella, poniéndose a la altura de Drew—. Tienes que tener más cuidado.

El niño asintió, miró hacia arriba y se quedó mirando a Nick. Maggie, situada a la espalda de Drew, le acarició los hombros y procedió a las presentaciones:

—Drew, éste es Nick Santos. Nick, mi hijo Drew.

Nick extendió la mano y el chico la estrechó de inmediato. Bien agarrada, pensó Nick.

—Cómo te va, Drew?

—Conduces camiones?

¿Es que todos los miembros de esa familia respondían a las preguntas con otra pregunta?

—Sí, pero prefiero las motos.

—Las motos son guau —afirmó el pequeño—. Pero yo quiero conducir un camión cuando sea mayor.

—Quizá podamos dar una vuelta un día, si a tu madre le parece bien.

—¿De verdad? —preguntó Drew, emocionado—. ¿En moto o en camión?

—Como quieras.

—¿En serio?, ¿puedo, mamá?

Maggie había estado negando con la cabeza, pero se quedó quieta cuando Drew la miró con aquella expresión tan esperanzada.

—Me temo que no, mi vida. Todavía eres pequeño para montar en moto.

—Tengo casi cinco años —protestó Drew—. Tommy Fuscoe va en la moto de su papá todo el tiempo y es más pequeño que yo.

—Tú no eres Tommy Fuscoe —dijo Maggie con firmeza—. Pero ya veremos.

Era evidente que no estaba dispuesta a dejarlo, pero era probable que, entre los dos, la hicieran cambiar de opinión.

—Te enseño mi bici? —le preguntó Drew a Nick—. Mi abuelo me la ha comprado para cuando esté aquí, ¿verdad, abuelo?

—Necesita que le cambien las llantas

—murmuró Boyd.

—Vamos, está en el garaje —dijo Drew, corriendo ya hacia la puerta.

—Voy.

Maggie los siguió, con cuidado de no rozarse con Nick. Pero éste todavía sen tía el calor de su cuerpo, y estaba ansioso por volver a sentirlo.

Y la próxima vez, se encargaría de que estuvieran a solas.

—Un niño muy rico —comentó Nick tras agarrarle una mano —. Debe de parecerse a su padre.

Maggie se encogió de hombros y miró hacia la dirección por la que había desaparecido Drew, no sin que Nick apreciara antes la expresión dolorida de sus ojos. Al parecer, seguía enamorada de aquel tipo, se lamentó Nick.

—Lo ves mucho?

—A quién? —preguntó Maggie con el ceño fruncido.

—Al padre de Drew, tu ex.

—Oh —denegó con la cabeza—. Vive en Vancouver.

Nick pensó en su propio padre, al que nunca había llegado a conocer; luego pensó en su padrastro, al que habría deseado no haber conocido jamás, y sintió una conexión especial con el hijo de Maggie.

—Tiene que ser duro para Drew.

—Sólo tenía un año cuando nos divorciamos. No se acuerda de él — contestó Maggie—. Nick, te agradezco que hayas venido; pero, en serio, preferiría.. -

Al oír un grito de Drew, dejó la frase colgando y corrió hacia el garaje. Nick la siguió al instante y, al llegar, oyó los gemidos del pequeño, arrodillado frente a un coche blanco... que estaba sobre la rueda trasera de su bicicleta.

—Me la has roto —se quejó Drew—. Me has roto la bici.

—Cariño, lo siento —se disculpó Maggie—. Yo... no me di cuenta.

Nick se subió al coche, colocó la palanca en punto muerto y empujó hacia atrás para liberar la bicicleta.

—Nunca podré montarla —sollozó Drew mientras tocaba el manillar.

—Te compraré otra, cariño —le prometió Maggie. -

—No quiero otra bici. Esta era la mejor y me la regaló el abuelo.

Nick examinó la bicicleta y, sin pensarlo, dijo:

—Yo te la arreglo.

Drew dejó de llorar y tanto él como su madre lo miraron. ¿Por qué había dicho eso?, se preguntó Nick. El nunca había arreglado una bicicleta.

—De verdad? —preguntó Drew.

—Por supuesto —respondió Nick, a pesar de todo el trabajo que tenía—. Una bici es una moto sin motor, ¿verdad? No puede ser muy diferente. Si quieres, puedes venir a mi taller y ayudarme. La dejaremos como nueva. Mejor incluso.

—Mejor? —a Drew se le iluminó la cara—. ¿Y puedo ayudarte?, ¿de verdad? ¿Has oído, mami? Nick dice que puedo ayudarlo. Voy a decírselo a los abuelos.

Y, un segundo después, desapareció como un rayo.

—Qué embarazoso —comentó Maggie—. Pensarás que soy idiota.

—Tómate un café conmigo mañana y te diré lo que pienso de ti — repuso Nick, dando un paso hacia ella.

—Lo siento, Nick —denegó Maggie con tono triste—. Estoy muy ocupada. No puedo, de verdad.

—¿No puedes o no quieres? —insistió él.

—Lo siento —repuso Maggie con voz neutra—. No estoy interesada.

—¿Puedo preguntar por qué? —quiso saber Nick, algo herido en el orgullo.

—Como te he dicho, sólo he venido unas semanas para ayudar a mis padres. No he venido con ganas de…

—Sexo salvaje? —bromeó Nick, sonriente, al verla vacilar—. ¿Crees que es eso lo que busco?, ¿un café y luego sexo salvaje? Puede que sea rápido, cariño, pero no soy un hombre fácil —añadió, haciéndose el ofendido.

—No pretendía ser ruda —se disculpó Maggie, ruborizada—. Pero, insisto, sólo he venido por mis padres.

Para no estar interesada en él, pensó Nick, estaba terriblemente tensa y nerviosa; pero quizá fuera mejor darle un respiro… por el momento.

—Está bien —Nick esbozó la mejor de sus sonrisas y le ofreció la mano—. ¿Podemos ser amigos?

—Sí —respondió Maggie tras posar su palma con suavidad sobre la mano de Nick—. Seguro.

Luego retiró el brazo para que no se notara que estaba temblando. Era evidente que había química entre los dos, pensó Nick con satisfacción.

—Le explicaré a Drew que estás muy ocupado en tu taller. Hay una tienda de bicicletas en la ciudad; puedo llevarla a que la reparen mañana.

—No me he ofrecido a arreglarle la bici a Drew para acostarme contigo, Maggie —repuso Nick—. No sé qué pensarás de mí, pero todavía no he caído tan bajo.

—Perdón, no lo decía en ese sentido —se disculpó Maggie, azorada—. Sólo te estaba ofreciendo una salida…

—Cuando necesite una salida te lo haré saber —Nick se agachó a examinar la bicicleta—. Puedo arreglar la rueda, pero tendré que encargar un par de piezas. Acércate con Drew por el taller mañana… Prometo no acosarte.

Maggie esbozó una sonrisa sincera; la primera sonrisa sincera que Nick había logrado arrancarle y, por un momento, la tensión que corría entre ambos desapareció.

No cabía duda de que estaba aún más guapa cuando sonreía de esa manera… ni de que no iba a dejarla escapar sin más.

Aunque, por el momento, se dijo tras exhalar un suspiro resignado, tendría que contentarse con el asado con patatas de su madre.

Capítulo Tres

No podía dormir. Ni la ducha caliente, ni contar ovejas, ni leer tres capítulos de un libro aburrido, nada funcionaba. Estaba desvelada y, por más que tratara de evitarlo, no podía dejar de pensar en Nick.

Las dos horas que había durado la cena se le habían hecho interminables.

Se había sentado a su lado, había sonreído y le había pasado las patatas como si fuera cualquiera de los invitados de sus padres. Lo que no era así en absoluto.

Desde luego, tenía buen apetito, pensó Maggie. Comiendo como comía, no podía entender que Nick no tuviera veinte o treinta kilos más; pero el hombre no tenía ni un gramo de grasa. Lo había advertido cuando Drew la había hecho caer sobre sus potentes brazos y Nick la había sujetado contra el pecho. Era todo músculo, de punta a punta de sus anchos hombros.

Es decir, que seguía tal como lo recordaba hacía cinco años.

¿Cómo podía aparecer de repente y poner toda su vida patas arriba?

Maggie se incorporó y encendió la lámpara de noche. Cruzarse con Nick en el supermercado era una cosa, pero que éste se presentara en su casa y sedujera a toda su familia con su encanto era totalmente diferente.

La imagen de su hijo dándole la manita a Nick quedaría grabada para siempre en su memoria.

En ese momento, había tenido la sensación de que el mundo se había detenido y no existía nadie salvo ellos dos. Los dos hombres que, sin quererlo, habían transformado su vida.., sin que ninguno de los dos supiera lo importantes que para ella eran.

Después, tras haber recuperado la respiración, se había limitado a mirarlos asombrada, sin poder creerse que dos personas tan fantásticas formaran parte de su vida.

Había experimentado una inmensa e inesperada calma. De pronto, como si hubiera estado esperando ese momento sin ser

consciente de ello, se había sentido muy aliviada, liberada del temor por lo que podría suceder en caso de que Nick llegara a conocer a su hijo.

Pero, ¿cómo iba a sospechar siquiera que era padre de Drew, si no era consciente de haber hecho el amor con ella?

Suspiró profundamente y miró la habitación alrededor. Aquél había sido su dormitorio hasta que diez años antes se había ido de casa. Se había marchado a una universidad de la costa este buscando nuevas emociones, pero no había tardado en comprender que una chica tímida como ella no encajaba en la gran ciudad. Aun así, había aguantado el tirón, se había licenciado como periodista y había conseguido su primer trabajo, en el periódico Tribune, de Carolina del Norte. Había comenzado sirviendo cafés, pero Maggie se había jurado que, de alguna manera, lograría hacerlos ver que era capaz de redactar buenos artículos. Lo único que necesitaba era una oportunidad.

Ocho meses después, debido a una gripe que había dejado en cama a dos tercios de la plantilla, le había llegado su oportunidad debía asistir al circuito en el que se celebraba el Campeonato de Motociclismo y entrevistar al dos veces campeón Nick Santos.

De todos los famosos del mundo, el destino le había elegido a Nick Santos, el hombre que la había defendido cuando ella tenía trece años y Roger Gerckee, después de reírse de sus gafas y de su coleta roja, le había quitado la comida y la había tirado a la basura.

Entonces, como un caballero sobre un caballo blanco, Nick había aparecido y se había dirigido a Roger en un tono lentamente calmado. Y, después de decirle que no debía desperdiciar así la comida, había tirado a Gerckee al mismo contenedor de basura. Todo el colegio lo había celebrado con vítores.., y ella se había enamorado.

Nunca le había contado a nadie sus sentimientos hacia Nick. Se habría convertido en el hazmerreír del instituto de haberlo hecho. Porque ella no era como las demás chicas, que siempre sabían qué decir, qué ropa llevar y cómo comportarse. Ella no encajaba y enamorarse de un chico como Nick era absurdo; no sólo era mayor que ella, sino que formaba parte del Trío de los Chicos Malos… De modo que se había resignado a que Nick no se fijara en ella.

Así, se había refugiado en las clases y los libros, reservándose para sí sus fantasías sobre Nick.

Fantasías en las que ella se convertía en una mujer despampanante que le robaba el corazón; fantasías que la habían acompañado durante todo el instituto y toda la universidad.

Hasta que hacía cinco años y seis meses se había visto obligada a entrevistarlo a fin de no perder su empleo.

Había visto la carrera en la que Nick había vuelto a proclamarse campeón nacional, había conducido hasta el hotel donde éste se alojaba y, tras reunir el valor necesario, había subido hasta su suite.

La fiesta de celebración se hallaba en pleno apogeo. El salón estaba atestado de invitados que no paraban de hablar y reír, la música sonaba a todo volumen y un hombre rubio se paseaba con una bandeja de copas de champán en la mano. Todas las mujeres eran guapas, al igual que los hombres, lo que la había hecho sentirse fuera de lugar.

No podía realizar aquella entrevista. Todavía no había visto a Nick y tampoco éste la había visto a ella. Si se marchaba en ese momento no tendría que sufrir la humillación de que Nick no la reconociera.

Entonces, cuando ya estaba yéndose, pensando qué mentira le contaría a su jefe, el hombre del champán le bloqueó el paso y le ofreció una copa:

—Te mandan del hotel? —había preguntado él.

—Yo...

—Es en el baño del dormitorio —la había interrumpido el hombre. Maggie había tratado de explicar que no era del hotel, pero la música estaba muy alta y el hombre no había logrado oírla y la había acabado llevando hasta el cuarto de baño, para marcharse a continuación.

Una vez a solas, después de echar el cerrojo, había mirado su copa de champán y se la había bebido de un trago. Y, aunque no tenía costumbre de beber, le había gustado el burbujeo que había sentido en la garganta. Así como la súbita desinhibición que había empezado a entrarle.

Había sacado la grabadora del bolso, había dicho probando, probando para comprobar que funcionaba y, después, se había fijado en el reflejo de su imagen en el espejo. Al menos podía

haberse pintado los labios un poco, o intentar hacer algo con el pelo, pensó Maggie, que nunca hasta entonces se había preocupado por cosméticos ni peinados especiales.

Pero en esos momentos ya no tenía remedio. Entonces, al abrir el grifo del lavabo, un chorro de agua fría le había empapado la chaqueta. Al parecer, había encontrado el motivo por el que necesitaban un fontanero para la suite.

Así, tras quitarse la chaqueta, meterla en el bolso y secar el agua que había caído al suelo, había salido del baño del dormitorio, totalmente a oscuras, y, avanzando a tientas, había acabado chocando con el pecho de un hombre.

—Perdón, no pretendía asustarte —se había disculpado éste al oírla gritar—. Pensé que tal vez te encontraría aquí.

¡Era Nick!, ¿acaso la había visto y había llegado a reconocerla?

—Sí? —acertó a preguntar Maggie.

—He oído que querías verme... —había susurrado él.

—Bueno... la verdad es que sí... aunque no quiero que te pierdas la fiesta —había respondido Maggie.

—Se han ido todos a la suite de al lado. Hay un partido de fútbol y el televisor de allí es más grande —había comentado Nick, al tiempo que le acariciaba un hombro, hasta rozarle el cabello—. Te has dejado crecer el pelo. Me gusta.

—Gracias —había susurrado Maggie, trémula por las caricias de Nick.

—Relájate —había dicho éste entonces—. Sé que hace bastante tiempo, pero no tienes por qué estar tan nerviosa.

—No estoy nerviosa —había mentido ella—. Pero sé que estás muy ocupado, así que... quizá debamos empezar cuanto antes.

Entonces, después de envolverla con los brazos y recostarla sobre la cama, Níck la había besado como nunca la habían besado en su vida.

—Nick, no creo que... —se había resistido ella, a pesar del placer que le estaban proporcionando las caricias de Nick.

—Tranquila —la había interrumpido éste, al tiempo que le lamía el lóbulo de una oreja—. Es mucho mejor cuando no se piensa en nada.

Y era cierto. Jamás había sentido algo tan maravilloso. Después de tantos años, sus fantasías sexuales se estaban

haciendo realidad. ¿Por qué iba a negarse ese placer? Tenía veinticuatro años. ¿No iba siendo hora de saber lo que era estar con un hombre?

Las manos de Nick le estaban recorriendo todo el cuerpo: los pechos, las piernas; le estaba levantando la falda y haciéndola sentir un calor desconocido que la impulsaba a apretarse a él más y más.

—Te noto diferente —había susurrado Nick entre dos besos.

Y era verdad. Desde el primero de los besos que se habían dado, ella había dejado de ser la pequeña Maggie Smith. Se había convertido en una mujer, que gemía y disfrutaba mientras Nick le desabrochaba la blusa, le quitaba el sostén y jugueteaba con sus pezones endurecidos.

Jamás había imaginado que pudiera sentir un placer semejante, que partía de su pecho y llegaba hasta sus partes más íntimas. Se arqueó buscándolo desesperadamente, provocándolo, hasta que Nick se colocó donde ella quería y necesitaba.

No sintió dolor, sino una inmensa e inefable satisfacción, cuando Nick la penetró. Una satisfacción más intensa con cada arremetida, hasta que él se desplomó vencido y la abrazó con cariño:

—Quédate conmigo, Cindy —le había susurrado.

¿Cindy?, se repitió Maggie, humillada. ¡Dios, la había confundido con otra mujer!, comprendió sin apenas respiración. De pronto deseó que la tierra se la tragara y se quedó quieta, inmóvil, hasta que Nick se hubo dormido y ella pudo vestirse y marcharse a oscuras.

Por suerte, pensó a continuación mientras iba en busca de su coche, Nick nunca se enteraría de con quién se había acostado, ya que él la había tomado por otra y el hombre del champán, por una encargada del hotel.

Aquella noche, después de llorar durante todo el viaje de vuelta, llegó a casa y escribió el artículo. El editor del periódico quedó lo suficientemente contento como para confiarle nuevos encargos y, poco a poco, sus colaboraciones se hicieron más frecuentes, hasta conseguir su propia columna.

Dos meses después, mientras miraba los resultados de la prueba del embarazo que se había hecho y leía la sentencia sobre la demanda de paternidad de Nick, comprendió que no podía decirle que iba a ser padre... Sobre todo, cuando ni siquiera era

consciente de que se había acostado con ella.

En cualquier caso, Nick Santos, el hombre al que había amado desde los trece años, era el padre de su hijo. Se tocó el estómago, maravillada por aquel milagro, y supo que amaría a ese bebé con todo su corazón. Y fue tal su felicidad que reunió valor para decirles a sus padres que estaba embarazada y que no tenía intención de casarse con nadie, convencida de que podría liberarse del pasado y olvidarse de Nick.

Más tarde, cuando Drew tenía seis meses, se casó con Richard, pero pronto compren- dieron que su matrimonio había sido un error y se divorciaron un año después. Ella se quedó con un apartamento modesto pero acogedor y, cuando no estaba trabajando en el periódico, salía a pasear con Drew por un jardín cercano.

Ya no era la pequeña Maggie Smith. La vida le había enseñado un par de lecciones, y hasta había aprendido a maquillarse y a arreglarse el pelo. Había sustituido las gafas por unas lentillas y había comenzado a mejorar su estilo vistiéndose.

Era una mujer nueva, de la que se sentía muy satisfecha: una madre y una periodista prestigiosa. No necesitaba nada en la vida, ningún hombre, y menos aún a Nick Santos.

—A ver si me entero —comentó Lucas Blackhawk mientras le daba un sorbo a una lata de cerveza—. ¿Me estás diciendo que Nick Santos, el soltero más codiciado del mundo, está teniendo problemas de faldas?

—He dicho yo que tuviera problemas? —repuso Nick desabrido—. No he dicho nada de problemas. ¿Has venido a ayudarme, o a beberte mi cerveza y meter las narices en mi vida privada?

—¡Qué susceptible! —Bromeó Lucas—. Así que te ha dado calabazas, ¿eh? ¿Y quién es esa mujer con tan buen juicio?

—Si novas a ayudarme, lárgate —gruñó Nick—. Estoy ocupado —añadió, mientras reparaba una motocicleta.

—Quiero ayudarte —aseguró Lucas—. Sólo dime quién es, Nick. Te prometo que no me reiré de ti.

—Margaret Smith —murmuró Nick a regañadientes, sabedor de que Lucas no lo dejaría en paz hasta descubrir el nombre.

—Cómo dices? —Lucas ladeó una oreja y se acercó para oír mejor—. ¿Ingrid Whit?

—Margaret Smith —espetó Nick—. Maggie Smith.

De no haber estado tan enojado, Nick se habría echado a reír de la cara de sorpresa de Lucas.

—Maggie Smith? —repitió éste—. ¿Te refieres a la Maggie Smith callada como un ratón, que nunca miraba a nadie a la cara, de gafas grandes y pelo rojo?

—La misma —aunque totalmente diferente, pensó Nick.

—Bueno, no me extraña que te haya dicho que no —rió Lucas —. Has intentado ligar con una mujer cuyo coeficiente de inteligencia supera la talla de sus pies.

Nick se puso firme y miró a Lucas con gesto ominoso;

—¿No tienes un rancho donde marcharte y una mujer embarazada de la que cuidar?

—Hay un mozo ocupándose del rancho y Julianna está de mal humor esta mañana.

Los gemelos están jugando un partido de 7 fútbol en su estómago, así que he pensado

que necesitaba estar un rato a solas.

—Yo también necesito estar a solas. Lárgate de una vez, maldita sea —replicó Nick.

—Y, aparte de por su indudable sentido común —prosiguió Lucas sin inmutarse—, ¿por qué te ha rechazado Maggie?

Nick apretó los dientes. Se había pasado la noche entera tratando de responderse a esa misma pregunta. El tenía sentido del humor, su aspecto no era desagradable, decían que era un hombre encantador...

Claro que ella era periodista. Quizá a las periodistas les gustaran los hombres sensibles, reflexivos, que leen poesía, fuman en pipa y se sientan en la montaña para contemplar el universo.

O quizá, simplemente, no sintiera la menor atracción por él, admitió a su pesar. Pero no debía ser tan cerrada, pensó irritado. Si no le daba una oportunidad, ¿cómo iba a saber si su compañía podía resultarle agradable? Maggie debía arriesgarse un poco y aumentar sus horizontes.., unos horizontes que terminaran incluyéndolo a él, por supuesto.

—Es más delicada que la mayoría de las mujeres —respondió Nick por fin—. Sólo me he precipitado un poco, eso es todo.

—Nick Santos precipitándose? —se burló Lucas—. Imposible.

—Fuera, Lucas! Márchate ahora mismo si no quieres que te dé con el tubo de escape

en…

—Perdón…

Los dos hombres se giraron al oír la rugosa voz de Maggie, de pie en el umbral del taller de Nick, con las manos sobre los hombros de su hijo.

Capítulo Cuatro

—Espero que no sea mal momento. Dijiste que me acercara.

Simplemente, no logró responderla. La luz del exterior iluminaba su rojo cabello, haciéndolo brillar como el fuego. Lo llevaba suelto y caía sobre su jersey verde, color que hacía juego con sus ojos.

—Maggie?, ¿Maggie Smith? —preguntó Lucas, boquiabierto.

—Hola, Lucas —Maggie sonrió—. Me sorprende que te acuerdes de mí.

—Me acuerdo de Maggie Smith —repuso él—. Pero no me acuerdo de ti —matizó Lucas.

—Gracias, supongo… Este es mi hijo, Drew. Drew, el señor Blackhawk —los presentó a continuación.

—Llámame Lucas —le dijo éste al pequeño, tras arrodillarse para ponerse a su altura y estrecharle la mano.

—Nick vino a cenar anoche y mi madre espachurró mi bici y Nick dice que puede arreglarla y que yo puedo ayudarlo.

—En serio? —Lucas miró a Nick sonriente—. Pues has venido al lugar apropiado. Nick puede arreglar cualquier cosa. Hasta hará que la bici vaya más rápida.

—De verdad, Nick? —preguntó Drew, ilusionado.

—Seguro, pequeño —repuso Nick sonriente, tras fruncirle el ceño a Lucas.

—Quieres ver mi bici? —le preguntó Drew a Lucas.

—Por supuesto —Lucas agarró la mano del pequeño—. Venga, enséñamela.

Desaparecieron antes de que Maggie pudiera protestar y, de pronto, se quedó sin respiración al hallarse a solas frente a Nick.

Se había remangado la camisa hasta los codos, lo que dejaba al descubierto sus potentes antebrazos. Unos vaqueros azules se ajustaban a sus piernas musculadas… De alguna manera, todo él resultaba masculino y sexual.

Sabía que Nick la estaba mirando, sonriente, como si estuviera leyéndole los pensamientos. Entonces, cuando sonó el teléfono móvil, Nick se giró. para responder. Maggie exhaló un suspiro y se dio una vuelta por el taller para relajarse.

Estaba limpio, pensó: el suelo de cemento brillaba, las paredes estaban recién pintadas y el sol entraba por las ventanas, inmaculadas. Había varias motos en una pared, pendientes de reparación, así como llantas, tubos de escape y varios sillines. A pesar de su desconocimiento, notó que eran motos potentes, formidables.., al igual que el hombre que las reparaba, se dijo ruborizada.

Se obligó a no abandonarse a las fantasías eróticas que se agolpaban en su cabeza y se dirigió a una esquina en la que había un despacho, repleto de cartas, periódicos y fotografías de Nick.

—Me rompí la pierna cuando caí —la sorprendió él al verla mirar una foto de un accidente en la que aparecía por los aires—. Me tuvo fuera del circuito durante seis meses.

—Lo recuerdo —reconoció Maggie—. Fue en Colorado.

—Vaya, vaya —Nick se sentó sobre el escritorio, rozándole la pierna con la rodilla—. No

pensé que fueras aficionada a las motos.

—En realidad no lo soy —repuso Maggie, arrepentida—. Esa semana tuve que sustituir a un compañero que cubría la columna de deportes.

—Escribiste un artículo sobre mí? —preguntó Nick, con las cejas enarcadas—. ¿Qué pusiste?

—Fue hace mucho tiempo, Nick —contestó Maggie, fingiendo que no recordaba cada una de las palabras de aquel artículo.

—Muchas gracias, Maggie —dijo Nick con sequedad—. Recuérdame que te llame si alguna vez tengo el ego por las nubes.

—A juzgar por todos tus trofeos, me iba a gastar un dineral en teléfono —replicó ella, sonriente. Luego se fijó en una agenda que había abierta sobre la mesa—. Cuántos teléfonos: ¿son todos de mujeres?

—Amigas nada más —aseguró Nick, cuya pierna ya estaba rozándole uno de los muslos.

Maggie sintió un chispazo eléctrico y se bajó de la mesa con disimulo, para mirar los retratos que había colgados en la pared. Y, de todas, hubo una, antigua, en blanco y negro, que llamó su atención por encima de las demás.

Tres jovencitos guapísimos, morenos y con sonrisas cautivadoras. Nick iba de negro, estaba sentado sobre una moto y

sujetaba un trofeo de oro mientras sonreía a la cámara. Lucas estaba delante, de rodillas, mientras que Ian se había retrasado y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Fue seis meses después de salir del instituto —la informó Nick—. Mi primera victoria.

Maggie se quedó paralizada al advertir la proximidad de Nick. Apenas podía respirar. No la estaba tocando siquiera, pero, aun así, sentía que se estaba consumiendo.

—Dónde está Ian? —acertó a preguntar sin que la voz le temblara.

—Tan da muchas vueltas —Nick se encogió de hombros—. No es fácil seguirle la pista.

—Estuvo en la boda de Lucas y Julianna?

—Estaba fuera del país. Por negocios o algo así.

¿Estaba siendo evasivo?, se preguntó Maggie. Pero cuando se giró para mirarlo y vio el

brillo intenso que salía de sus ojos, el corazón se le detuvo.

Así, a fin de poner cierta distancia entre ambos, se dirigió hacia otra esquina del despacho, donde había una puerta entornada.

—Qué hay ahí? —preguntó.

—Mi dormitorio.

—Tu dormitorio? —repitió sobresaltada, al tiempo que se echaba para atrás con brusquedad, chocando contra el pecho de Nick.

—Quieres verlo? —murmuró éste.

—No hace falta —rehusó Maggie—. Un dormitorio en el lugar de trabajo. Buena idea.

—La verdad es que sí —reforzó él—. No he tenido tiempo de buscar casa, así que he tenido que arreglármelas de alguna manera. Hasta tiene cocina. ¿Seguro que no quieres entrar?

—Intentas seducirme, Santos? —se atrevió a preguntar Maggie, obligándose a hablar con desenfado.

—Cariño, ya te enterarás cuando quiera seducirte. Y no será un intento, te lo aseguro

—Repuso él, rozándole los labios con un dedo—. Además, ¿no te había prometido que no me propasaría?

—Mami, ¿dónde estás? —irrumpió oportunamente la voz de Drew.

—Estamos aquí, mi vida —contestó Maggie, alegre de tener

una excusa para cambiar de conversación.

—Dónde pongo esta bicicleta tan chula?

—intervino Lucas entonces, a pocos pasos del pequeño.

Nick salió del despacho y Maggie lo siguió tras esperar unos segundos para relajarse.

No debía haber ido allí. Por muchos años que hubieran pasado, por mucho que deseara que las cosas fueran diferentes, no podía permitirse estar cerca de Nick.

Pero, por el momento, no tenía otra opción. Miró a Drew y observó el brillo feliz de sus ojos. El era la única persona a la que no podía renunciar. Haría cualquier cosa por Drew; cualquier cosa, salvo dejar que Nick Santos se hiciera un hueco en su corazón de nuevo.

—Sujeta la cadena —le explicó Nick despacio—. Ahora mueve los pedales.

Drew frunció el ceño de pura concentración y, cuando la cadena comenzó a rodar, la cara se le iluminó.

—Lo he hecho —le gritó a Maggie—. ¡Mamá, estoy arreglando mi bici!

Maggie sonrió desde el despacho de Nick, el cual sabía que los había estado mirando durante la media hora que duraba ya la primera clase de mecánica que estaba recibiendo Drew.

No sabía por qué, pero Nick intuía que Margaret Smith Hamilton le tenía miedo.

Era una mujer guapa y sexy; inteligente, con un buen trabajo, una madre estupenda. No era el tipo de mujer por el que solía interesarse; pero no podía dejar de pensar en ella.

Pensó que quizá se sentía atraído por Maggie por el mero hecho de que ésta lo hubiera rechazado; pero tenía la corazonada de que había algo mucho más profundo que un simple desafío.

Nunca había tenido problemas con el sexo ni con las mujeres, aunque tampoco alcanzaba el éxito que le atribuían los periódicos sensacionalistas. En cualquier caso, había sido muy selectivo con las mujeres con las que se había acostado. De hecho, siempre se había encariñado de las pocas mujeres con las que había llegado a mantener una relación más íntima.

Pero nunca había amado a ninguna. Sólo había una mujer que lo perseguía en sueños desde hacía cinco años. Una mujer de

piel suave y fragancia de pétalos de rosa a la que jamás había podido olvidar.

Había sido una noche extrañísima. Creía que había hecho el amor con Cindy, su ex novia, una mujer dulce con la que, en realidad, nunca había tenido muchas cosas en común. Al despertar y hallarse sólo en la cama, la había telefoneado y le había dicho que podían darle otra oportunidad a su relación; que había disfrutado mucho con ella la noche anterior. Cindy le había colgado el teléfono, pero no sin antes informarlo de que, aunque había asistido a la fiesta, no se había acostado con él.

Lo que lo dejó estupefacto. Había bebido algo, pero no como para emborracharse. ¿Cómo no se había dado cuenta?, se preguntó horrorizado mientras pensaba en maridos celosos y terribles enfermedades de transmisión sexual.

Entonces fue cuando miró hacia la cama y vio la mancha roja de la sábana.

¿Una virgen? Se quedó atónito y salió del dormitorio en busca de alguna pista que sirviera para descubrir la identidad de la misteriosa mujer... En vano.

Después de hablar con todos los amigos de la fiesta, Nick se resignó a aceptar que aquella misteriosa mujer había desaparecido igual que había irrumpido en su vida.

Sólo ella había despertado un sentimiento profundo en su corazón. Había soñado con aquella mujer todos esos años y, a pesar del tiempo que había transcurrido, la misma noche pasada se había repetido el sueño: no podía ver su cara, no podía hablar, y luego la mujer se desvanecía como el humo.

Quizá sólo deseaba aquello que no podía tener, pensó mientras miraba a Maggie acariciar el cabello de Drew.

Pero, fuera como fuera, estaba convencido de que Maggie no le era tan indiferente como ésta pretendía. Quizá se estuviera haciendo ilusiones, pero tenía la sensación de que antes, en el despacho, cuando le había rozado los labios con el pulgar, ella había entreabierto los labios, como incitándolo a que la besara.

Había estado a punto, a puntísimo. Si Drew no hubiese aparecido, seguro que la habría besado.

—Nick dice que puedo inflar las ruedas de la bici —dijo Drew entonces, mientras tiraba de la mano de su madre—. Pero primero hay que cambiarlas, ¿verdad, Nick?

—Exacto, ya verás lo bien que queda cuando terminemos de

arreglarla —contestó él.

—Puedo montar en tu moto? —preguntó de pronto el pequeño.

—Quizá otro día —respondió Nick, tras advertir que Maggie fruncía el ceño—. Además, después de tanto trabajar, necesitamos reponer fuerzas. Os invito a unas hamburguesas.

—Nick... —Maggie hizo ademán de protestar, pero aceptó la propuesta al ver la cara de alegría de Drew—. Nick Santos, ¿qué demonios voy a hacer contigo? —añadió después de suspirar.

—Lo que tú quieras, Maggie Smith.

Y, para sorpresa de ambos, Maggie rió. Rió y su risa sonó melodiosa, suave como una armonía del pasado...

Nick pestañeó y el momento de embrujo desapareció. Sonrió, agarró a Drew en brazos y llevó al pequeño al lavabo del taller.

Mientras tanto, Maggie los miró jugar y sintió que el corazón se le desgarraba.

Capítulo Cinco

—Gracias por acercarme, cariño —dijo Angela Smith tras salir del coche de Maggie—. Ruby Peterson me llevará a casa después de la partida de bridge y tu padre estará encerrado en la habitación viendo el partido de fútbol. Disfruta de una velada tranquila.

—Estás segura de que puedes quedarte con Drew? —preguntó Maggie, temerosa de quedarse a solas y tener demasiado tiempo para pensar.

—Por supuesto. Ruby va a traer a su nieto Tommy. Seguro que lo pasan bien juntos. Dale un beso a tu mamá, Drew.

Este obedeció gustoso y Maggie sonrió mientras le ajustaba el cuello de la camisa.

—La abuela dice que Tommy va a traer sus coches teledirigidos y que yo también puedo jugar.

—Sobre todo, pórtate bien —repuso Maggie mientras le acariciaba el pelo cariñosamente.

—Margaret, cariño —arrancó entonces Angela, tras mirar con el ceño fruncido las dos cestas de pastas que llevaba en las manos —.Creo que he hecho demasiadas pastas. ¿Por qué no te acercas a casa de Nick Santos y le dejas una de las cestas?

- Maggie sabía que se trataba de una encerrona. Su madre no había dejado de hablar de lo guapo que Nick era y de que seguía soltero; pero también sabía que si le decía a Angela que no estaba interesada en él, ésta insistiría aún más.

—Claro, mamá.

Más tarde, mientras giraba por la carretera Ridgeway, pensó en tirar las pastas por la ventana, pero la idea de desperdiciar alimentos la disgustaba. Y si se las comía ella todas, sólo conseguiría acabar con dolor de estómago.

Pero no quería ver a Nick. Ya lo había visto más que suficiente. La visita a su taller el sábado anterior, el helado en la ciudad...

Eso había sido lo peor: ver a Nick y a Drew reírse juntos mientras discutían sobre el mejor sabor de la heladería. Y cada vez que Nick la había mirado, cada vez que le había lanzado una

sonrisa, ella había notado como si se le formara un nudo en el pecho.

Por eso no quería estar tranquila; porque estaba segura de que recordaría la escena en el despacho cuando éste había estado a punto de besarla...

Miró hacia la cesta de las pastas y decidió que la solución era escribir una nota. La dejaría delante de su puerta y Nick la encontraría a la mañana siguiente.

En ello resuelta, estacionó en el aparcamiento de su taller y apagó el motor. Luego garabateó unas líneas en un trozo de papel y salió del coche.

La noche era cálida, una suave brisa soplaba entre los árboles, y la luna brillaba en medio del cielo constelado.

Por mucho que le gustara Nueva York, debía reconocer que el cielo era más hermoso en Wolf River. ¡Había tantas cosas que echaba de menos cuando no estaba en la casa en que había nacido!

Había pensado en regresar en más de una ocasión. Podría trabajar como autónoma, o colaborar con algún periódico local. El trabajo en Nueva York había empezado a hacérsele pesado. Aquella baja temporal le había venido de maravilla, no sólo por sus padres, sino por ella misma también. Además, quería que su hijo pudiera ver a sus abuelos todo el tiempo, en vez de comunicarse con ellos por carta o por teléfono.

Pero ya no podía ver cumplido su sueño.

Ya no podría volver a Wolf River definitivamente; no, estando allí ya Nick Santos.

La puerta del taller estaba abierta, había luz en el interior, la radio sonaba de fondo y Nick cantaba acompañando la música. Dio unos pasos y lo vio trabajando, con un destornillador en una mano y un carburador en la otra.

Se permitió contemplarlo unos segundos, admirar la extensión de sus hombros y la potencia de sus muslos, ceñidos contra los vaqueros desgastados...

El pulso se le aceleró y comenzó a respirar con dificultad. El mero hecho de mirarlo la hacía desear cosas que jamás podría tener.

Entonces, justo cuando iba a dejar la cesta y darse media vuelta, Nick se giró y sonrió al reconocerla:

—Vaya, vaya, qué te trae a la cueva del lobo? —preguntó él

mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Mi madre pensó que quizá te apetecerían unas pastas —repuso Maggie.

—Qué detalle! —agradeció Nick, sin quitar la vista de Maggie, mientras aceptaba la cesta.

—Bueno, tengo que irme...

—Quédate un rato —la detuvo Nick—. Al menos tómate una pasta conmigo. Odio comer solo.

—De acuerdo... —cedió Maggie, vacilante—. Pero sólo una.

Mientras Nick se lavaba las manos, ella se acercó a una motocicleta, grande y potente, con un sillón de cuero negro nuevo. Lo único que le faltaba era el motor.

— ¿Es tuya? —preguntó cuando Nick hubo vuelto.

—De un amigo. Solíamos montar juntos... ¡Pastas de chocolate! — exclamó entusiasmado tras quitar la servilleta que cubría la cesta—. Están deliciosas —añadió tras dar un primer mordisco y ofrecerle una a Maggie.

—Se lo diré de tu parte —aseguró ésta—. ¿Por qué has dejado el circuito? —preguntó a continuación, devolviendo la mirada hacia la moto.

—Ya iba siendo hora —repuso Nick sin más—. Demasiados hoteles, demasiados restaurantes.

—Y mujeres? —preguntó Maggie a su pesar.

—No te creas lo que dicen los periódicos sensacionalistas -contestó él con una amplia sonrisa en los labios.

—Lo siento, no debería habértelo preguntado —se disculpó ella, ruborizada—. No es asunto mío.

—No tengo secretos —comentó Nick entre dos galletas—. ¿Y tú, Maggie Smith? ¿Tienes secretos? —añadió susurrante.

El corazón se le detuvo, pero la proximidad de Nick lo hizo acelerarse al instante. ¿Secretos? Ella nunca podría contarle sus secretos, se dijo Maggie mientras lo veía morder una pasta con sensualidad.

—Damos una vuelta? —prosiguió Nick.

—Una vuelta?

—Alguna vez has montado en moto? —le preguntó él—. Entonces te estrenarás conmigo —añadió después de que Maggie denegara con la cabeza.

—Pero no tiene motor —acertó a balbucear ésta.

—No hace falta —repuso Nick. Entonces la rodeó con las

manos por la cintura y la elevó. Maggie exhaló un suspiro, pasó una pierna sobre la moto y, de modo instintivo, agarró el manillar—. Tú tienes el control, Maggie. Siéntelo —añadió, tras sentarse detrás de ésta y agarrarla por las caderas.

Y lo sintió. Logró contagiarse de aquel juego ilusorio y se dejó llevar por la emoción del momento.

—Adónde vamos? —preguntó sin aliento.

—Donde te apetezca, cielo. Tan lejos y rápido como quieras.

—Es peligroso conducir sin casco —comentó Maggie segundos después con los ojos cerrados, casi sintiendo de verdad el viento contra la cara.

—Tranquila. Conmigo estás segura.

Pero, a pesar de su estado de ensimismamiento, Maggie sabía que jamás podría estar a salvo con Nick.

—Sigue así —prosiguió éste con sensualidad—. Abandónate —añadió, acercando la boca al oído de ella.

Maggie creyó oír el rugido del motor, pero era su corazón el que retumbaba en su pecho. Estaban yendo demasiado rápido, y eso la asustaba. Y la excitaba.

—Hay una señal de Stop —comentó cuando Nick le lamió el lóbulo de una oreja.

—No hay nadie en un kilómetro. Puedes saltártela —repuso él mientras bajaba hacia el cuello de Maggie.

Y lo peor de todo era que ella deseaba saltársela. Aunque sabía que aquello no podía durar eternamente, ¿por qué no iba a permitirse disfrutar unos minutos?

—Te deseo —prosiguió Nick con voz rugosa. No podía respirar, no podía pensar. Se giró hacia él para decirle que tenían que parar, pero sus bocas se juntaron y se llevaron todas las palabras, como hojas arrastradas por el viento.

Nick le ladeó la cabeza para poder saborearla mejor, con más profundidad y vio su orgullo satisfecho al notar el gemido de placer de Maggie. No sabía por qué se resistía tanto, pero, por mucho que afirmara lo contrario, era evidente que sí se sentía atraída hacia él.

Maggie trató de murmurar una protesta, pero se quedó sin palabras cuando Nick introdujo las manos bajo su jersey y conquistó sus pechos, suaves, firmes, calientes, sujetos por fina lencería.

Y cuando ella se arqueó y gimió su nombre, Nick sintió una

llamarada abrasadora de deseo, le pellizcó los pezones, ya endurecidos, y apretó su erección contra el trasero de Maggie.

—¿La notas? —le preguntó él, jadeante—. Es por ti... Te voy a...

—Destruir —completó Maggie con voz angustiada—. Lo siento, no puedo hacerlo —añadió con una mezcla de pasión y terror en la expresión.

—Por qué me tienes tanto miedo? —preguntó Nick, frustrado y desconcertado.

—No es de ti de quien tengo miedo —repuso Maggie después de tomar aliento—. Sino de mí.

—No te entiendo.

—Dentro de unas semanas volveré a Nueva York. Lamento haberte alentado, pero no me interesa este tipo de... relación —explicó con más calma de la que de veras sentía.

Eso qué significa?

—Significa que no me gustan los rollos de una noche. No es mi estilo, Nick.

—Y crees que el mío sí? —repuso éste con los ojos abiertos de par en par.

—Sí.

—No creas todo lo que sale en los periódicos, Maggie —contestó él, dolido. Luego se bajó de la moto y un tenso silencio se instaló entre los dos como un telón infranqueable—. Dale las gracias a tu madre por las pastas. Te llamaré cuando haya terminado de arreglar la bici de Drew —añadió sin mirarla a la cara.

—Ya me dirás qué te debo —contestó Maggie tras unos segundos.

—No lo dudes. Buenas noches —se despidió.

Y no la miró cuando la oyó salir del taller, ni cuando oyó alejarse el motor de su coche. Después agarró un destornillador y lo arrojó enrabietado contra el suelo.

Maldita fuera. Aquella mujer lo sacaba de quicio. Y aunque su irritación se debía en parte a que no lograba acostarse con ella, lo que más lo había molestado había sido que lo hubiese tachado de inmoral. No era la primera vez que lo acusaban sin pruebas, pero nunca le había importado la opinión de los demás.

Las únicas personas a cuyos consejos había prestado atención eran Lucas Mackhawk e lan Shawnessy. No sentía nada por la

madre que lo había abandonado ni por el padrastro que se había emborrachado hasta morirse. Lucas e lan eran toda su familia; siempre habían estado a su lado y sabía que siempre lo estarían. Eran los únicos que le habían importado…

Hasta reencontrarse con Maggie.

Y no entendía por qué. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella con todo el trabajo que tenía pendiente?, ¿por qué seguía saboreando sus labios aunque ya se hubieran separado?

Y, sobre todo, ¿por qué iba detrás de ella si lo había rechazado?

Había algo en Maggie que se le escapaba, algo difuso que se desvanecía como un sueño que se olvida al despertar…

Una manzana más allá del taller de Nick, Maggie paró el coche a un lado de la calzada, incapaz de conducir de tanto como le temblaban las manos.

¿Por qué había dejado que se acercara tanto?, ¿por qué se había quedado a solas con él cuando sabía que bastaba que Nick la mirara para derretirse?

Apoyó la cabeza sobre el volante, respiró profundamente para sosegarse y decidió que tenía que controlar lo que sentía por ese hombre. Nick había regresado a Wolf River y aunque ella volviera a Nueva York en pocas semanas, tendría que verlo cada vez que les hiciera una visita a sus padres.

No podía salir corriendo siempre. Ya no era la niña tímida de la adolescencia, sino una mujer independiente y segura de sí misma, trató de convencerse.

No le tendría miedo. No huiría. Igual que había afrontado todos los demás problemas que había tenido, saldría airosa de aquella situación.

Nick no podía enterarse de ninguna manera que Drew era hijo suyo y, mientras se acordara de eso, no tenía que preocuparse por nada.

—Maggie, estás estupenda!, ¡no puedo creer que seas tú! —exclamó Julianna Blackhawk al tiempo que abrazaba a Maggie, la cual acababa de entrar en el restaurante Tour Winds—. ¡Dios!, ¡no es posible que haya dicho eso! No quería decir, o sea, yo no…

—Tranquila —dijo Maggie, sonriente, mientras miraba el avanzado estado de embarazo de Julianna—. Es verdad que estoy muy cambiada. Resulta increíble 1 que puede hacer un poco de maquillaje y un peinado decente.

Julianna agarró a Maggie por un brazo y avanzó hacia una mesa reservada mientras Mozart sonaba en el hilo musical de fondo. Maggie sabía que el dueño del restaurante y del hotel era el mismísimo Lucas Blackhawk, así como que iba a venderlos para dedicarse a fondo a su rancho.

Daba la impresión de que la vida también había cambiado para otras personas, pensó Maggie, sorprendida por la cálida invitación de Julianna

Capítulo Seis

Ellas nunca habían sido amigas de pequeñas: una era muy tímida y la otra siempre había parecido inaccesible, la bella Princesa de Hielo, tal como la habían apodado los chicos. En cualquier caso, era obvio que esta Julianna era mucho más simpática y, por difícil que se antojara, estaba todavía más hermosa.

—Me encanta cómo te sienta ese peinado

—Alabó ésta, mientras tomaba asiento en una L silla—. Estás radiante. Se nota que te sienta J bien ser una periodista famosa en Nueva York.

En ese momento apareció un camarero, vestido de etiqueta, y colocó dos servilletas preciosas sobre la mesa.

—Dispuesto a perder más dinero el jueves por la noche? —lo provocó Julianna.

—La otra vez me dejé ganar para que te confiaras —repuso el camarero—. Ya verás cómo te zurro la semana que viene.

Luego, después de bromear un rato y de encargar una botella de champán, Maggie se dirigió a Julianna:

—Deduzco que lo conoces —comentó, en alusión al camarero.

—Henry es uno de los habituales en las partidas de póker de Lucas. Ya te imaginas: cerveza, puros, mucho fanfarronear y más insultar.., Al principio no les gustó que me uniera a sus timbas, pero ya se han acostumbrado. Ahora ya no se fuma y casi no se dicen tacos... salvo cuando pierdo yo. La semana pasada Lucas me amenazó con lavarme la boca con jabón —añadió sonriente.

Desde luego, aquélla no era la Julianna a la que Maggie recordaba.

—Jamás me habría imaginado a Julianna Hadley jugando al póker.

—Julianna Hadley nunca lo haría; pero Julianna Blackhawk sí —matizó ésta con alegría mientras se tocaba el estómago con suavidad—. Casarme y tener hijos ha sido siempre mi mayor ilusión. Todavía no puedo creérmelo. Yo, Julianna Hadley, casada con uno de los tres Chicos Malos de Wolf River.

Maggie no pudo evitar sentir un pellizco de envidia. Se

alegraba de corazón por Lucas y Julianna, pero eso no aliviaba el dolor de su pecho, el deseo que siempre quedaría insatisfecho.

—Qué tal tu hijo? —prosiguió Julianna—. Nick dice que tiene sonrisa de rompecorazones.

Pensar en Drew alivió el peso que la oprimía. No cabía duda de que tenía sonrisa de rompecorazones; la de su padre.

—Se llama Andrew, como mi abuelo, pero lo llamamos Drew —comentó Maggie, al tiempo que sacaba una foto del pequeño —. Cumplirá cinco años dentro de tres meses.

—Es guapísimo! —celebró Julianna—. Nick tenía razón. Este chico va a ser todo un casanova. Seguro que su padre también es guapo... Lo siento, olvidaba que estás divorciada —se disculpó al advertir la expresión

t dolorida del rostro de Maggie.

—No pasa nada —la tranquilizó ésta un segundo más tarde—. Además, fue una separación amistosa.

—Pero sigues enamorada de él, ¿verdad? Te lo he notado en la cara —Julianna se mordió el labio inferior—. Y yo venga a hablar de lo felices que somos Lucas y yo...

—No tienes por qué disculparte. Y no, no sigo enamorada de mi ex marido —dijo Maggie con calma—. Esa etapa de mi vida ya forma parte de mi pasado —añadió, al tiempo que el camarero regresaba con el champán.

—Por el presente y por el futuro —brindó Julianna, acariciando con una mano su anillo de casada.

La madre de Maggie le había relatado casi toda la historia acerca de Julianna y Lucas. Cómo éste había regresado de repente a Wolf River y había sorprendido a toda la ciudad casándose con Julianna en el juzgado, así como la multitudinaria celebración del segundo matrimonio, semanas después. Le

había detallado el color de los ramos de flores y de los manteles, la expresión y los suspiros de la mayoría de las mujeres cuando Lucas había besado a la novia... Desde ese día, nadie había puesto en duda su amor. Un amor eterno y verdadero, de los que salen fortalecidos con las adversidades.

—El sábado por la noche damos una fiesta para celebrar la reapertura del Rancho Blackhawk —comentó Julianna entonces —. Me encantaría que vinieras.

Supuso que Nick estaría allí e hizo ademán de rehusar la invitación; ¿pero no había decidido hacer frente a sus

sentimientos por ese hombre?, recapacitó acto seguido. ¿Cómo iba a seguir con su vida si seguía escondiéndose?

—Encantada —aceptó por fin—. Yo también quiero hacer un brindis: por los viejos amigos y los nuevos comienzos —añadió.

Julianna chocó su copa contra la de Maggie y ambas bebieron sonrientes.

—Y ahora, señora Blackhawk —prosiguió Maggie—, cuéntame más cosas de ese hombretón tan maravilloso con el que te has casado.

Dos días después, a las seis y cuarenta y cinco de la tarde exactamente, Nick llamó a casa de Maggie para anunciarle que pasaría a recogerla para llevarla a la fiesta. Y antes de que pudiera decirle que no, Nick había colgado el teléfono.

Se quedó mirando el auricular, pensando en devolverle la llamada, pero decidió que era la ocasión perfecta para enfrentarse a él. Las cosas se le habían ido de las manos hacía tres noches, pero aquello no volvería a suceder.

Además, no se trataba de una cita. Sólo la iba a acercar a la fiesta; no era como si fueran juntos.

Y, lo más importante, no estarían solos.

Trató de convencerse de que no estaba poniendo especial cuidado en el maquillaje y el peinado para agradar a Nick. Simplemente, se encontraría con mucha gente en la fiesta y quería estar guapa.

—Maggie, cariño —la llamó su madre a las siete y media, después de que sonara el timbre y abrir la puerta de casa—. Nick ya está aquí... Estoy hablando por teléfono en la cocina, pero ven a despedirte antes de marcharte.

Maggie respiró profundo tres veces y salió del cuarto de baño decidida a pasar una noche divertida, despreocupada de la proximidad de Nick Santos.

Se cruzó con su padre en el pasillo y le dio un beso en la mejilla. Luego entró en el salón y se encontró a Nick sentado en el suelo junto a Drew, el cual ya estaba en pijama, listo para irse a la cama.

El corazón se le encogió. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta?, ¿cómo era posible que no se diera cuenta todo el mundo de que Drew era el hijo de Nick?

—Apunten, ¡fuego! —exclamó el pequeño mientras jugaba con un robot. Un tubo con forma de misil salió despedido por los

aires y golpeó la frente de Maggie—. Lo siento, mamá —se disculpó, anticipando la reprimenda de Maggie.

Nick permaneció callado; entre otras cosas, porque no podía respirar. Maggie estaba despampanante. Llevaba medias negras, tacones altos, un vestido de seda negro que se ajustaba a sus caderas y a su cintura y realzaba cada curva de su esbelto cuerpo. Se había ondulado el pelo y algunos rizos susurraban contra el collar que le rodeaba el cuello.

—Está bien, jovencito. Pero la próxima vez ten más cuidado —le dijo Maggie a Drew—. Hola, Nick —añadió a continuación, sonriente, sabedora del efecto que su físico producía en los hombres.

El, si bien no tenía dudas de que prefería a esa nueva Maggie Smith, no estaba seguro de si su corazón podría soportar el desafío.

—Perdona, he venido a recoger a Maggie Smith. ¿Me haces el favor de decirle que he llegado? —bromeó Nick.

—Tonto —dijo Drew entre risas—. Es mi mamá. Sólo parece diferente porque se ha puesta ropa.

Nick se imaginó qué sentiría si la viera sin ropa, si pudiera rozar la ropa interior de Maggie, deslizar las manos por debajo...

—Así que es tu mamá, ¿eh? —Acertó a decir después de tragar saliva—. Por un momento pensé que era otra persona.

—¿Como quién? —preguntó Drew.

—La señora Peterson, de la biblioteca —bromeó Nick.

—La señora Peterson juega al bridge con mi abuela. Lleva gafas muy grandes y está coja —dijo Drew.

—Cierto, ¿la señora Wimpleman entonces?

—La señora Wimpleman se ríe como las gallinas —rió Drew.

—Drew! —lo reconvino Maggie.

—Pero es verdad —protestó Drew—. La abuela dice que cada vez que se ríe miran debajo de la silla para ver si hay huevos.

—Ya basta —dijo Maggie con el ceño fruncido, sin lograr disimular una ligera sonrisa—. Y ahora a la cama. El abuelo te va a leer un cuento —añadió mientras se agachaba y le daba un beso en la mejilla.

—El retorno de los dragones —exclamó Drew, entusiasmado, corriendo ya hacia su cuarto.

—Llevan cuatro días seguidos con el mismo cuento —comentó Maggie mientras recogía su abrigo.

—Tengo entendido que los niños se ponen muy ansiosos por saber qué va a ocurrir al final —dijo Nick—. Personalmente, yo prefiero un poco de misterio —susurró mientras le sujetaba el abrigo para que se lo pusiera.

Maggie se apartó, pero no sin antes aspirar la fragancia de su piel. Luego se despidió de su madre y, una vez fuera de casa, advirtió:

—Nick, te agradezco que me hayas recogido, pero quiero que entiendas que esto no es... que no estamos juntos esta noche.

—Tienes otros planes? —replicó él.

—No me refiero a eso —repuso Maggie, exasperada.

—A qué te refieres entonces?

—Solamente a que no estamos juntos.

—O sea —Nick deslizó un dedo por el cuello del abrigo de Maggie—, que tienes libertad de movimiento.

—Algo así —contestó ella con voz trémula—. Basta.

—Basta de qué?

—De... de tocarme así.

—Cómo quieres que te toque? —murmuró Nick mientras terminaba de ajustarle el abrigo.

—En serio, Santos —dijo Maggie con el ceño fruncido—. Sólo vamos a la fiesta como amigos. Recuérdalo —añadió.

Puede que sólo fueran como amigos, pensó Nick entonces; pero lo que de veras importaba era cómo regresarían a casa.

Apoyado contra una pared decorada con pequeñas luces blancas, Nick bebía de una botella de cerveza mientras miraba el continuo ir y venir de invitados. Aparte de la mitad de Wolf River, había también varios rancheros. Lucas iba a subastar parte de su ganado y, a juzgar por la tensión que reflejaban los rostros de los compradores, la puja iba a ser feroz.

El olor de los filetes y las costillas corría por el aire, como corría el consumo de bebidas, servidas por bellas mujeres con minifaldas. De fondo, una banda tocaba música tejana en la pista de baile.

—Qué haces aquí? —le preguntó Lucas al localizar a su amigo.

—Nada especial —repuso Nick tras dar un sorbo de la botella.

—¿Por qué no pasas adentro?

—Prefiero acabar con toda tu cerveza. Y luego no tendrá mucho sentido que me quede, a no ser que consiga agarrar a tu

bella esposa y me ponga a bailar con ella para darte celos —bromeó Nick.

—He contratado a dos matones para que te den una paliza si te acercas demasiado a ella

—replicó Lucas. Una camarera pasó con una bandeja de cervezas y Blackhawk agarró una botella—. ¿No habías venido con Maggie?

—No estamos juntos —explicó Nick, desabrido. Además, ¿dónde se había metido? Julianna se la había arrebatado nada más entrar y no había vuelto a verla desde entonces.

—Caramba!, ¡sí que estás enganchado!

—Yo no estoy enganchado —espetó Nick—. Sólo somos amigos.

—¿Nick Santos amigo de una mujer bonita? —rió Lucas—. Esa sí que es buena.

—No me provoques, Blackhawk —Nick miró alrededor y frunció el ceño al ver un rostro familiar con una atractiva morena—. ¿Qué diablos hace Gerckee aquí?

—Roger? —Lucas divisó al antiguo compañero abusón de cuando iban al colegio—. ¡Vaya! Debe de haber venido con Jennifer Hart, la nueva gestora de Four Winds. Todavía no sabe que ese tipo es basura.

¿No habías vendido ya el hotel? —preguntó Nick a continuación.

—Sigo escuchando ofertas, como decimos los empresarios. Pero sí me he deshecho del resto de mis empresas y acciones. En cuanto venda el hotel, me dedicaré sólo al rancho.

—Y a tu familia —intervino Julianna, al tiempo que le daba un beso en la mejilla—. La señora Peterson dice que le has prometido un baile. Te está buscando.

—Podríamos escaparnos, cariño —dijo Lucas al divisar a la vieja bibliotecaria—. Nadie nos echaría de menos.

—Nadie salvo la señora Peterson. Aquí está

—avisó julianna.

—Por favor, Nick —dijo Lucas, mirando a su amigo con cara suplicante.

—Ni lo pienses. La amistad no llega tan lejos.

—Sobre todo en tú caso —retrucó Lucas, entre risas.

Luego se marchó y dejó a Nick junto a Julianna, la cual 1 miró intrigada. Nick sabía que Lucas no se había referido a la

amistad que había entre ambos, sino a la de él con Maggie… y al hecho de que no hubieran llegado nada lejos.

Julianna agarró a Nick por un brazo y éste, de camino a la mesa de la comida, por fin encontró al motivo de su frustración.

Estaba sentada sola, en una de las doce mesas que ocupaban el césped. Nick se llenó el plato a todo correr y, cuando ya se dirigía al encuentro de Maggie, Mary Anne Johnson y Stephanie Roberts lo interceptaron.

—Dónde te habías escondido? —preguntó Stephanie con dulzura, después de que Julianna los dejara a solas—. Mary y yo te estábamos buscando —añadió tras dar un trago de vino blanco.

—Y por qué me iba a esconder de dos mujeres tan guapas? —Repuso Nick con cortesía, mientras veía a Brett Rivers, un ganadero de la ciudad, sentarse junto a Maggie—. ¿Por qué no vamos para allá? — añadió a continuación, apuntando hacia una mesa cercana a la de Maggie.

MaryAnne y Stephanie lo siguieron como dos perrillos falderos, pero, antes de llegar a sentarse, Kira Jensen ocupó la silla que quedaba libre junto a Maggie.

¡Maldita fuera! Seguro que los dos se pondrían a coquetear con ella… Daba igual. Eran tres mujeres y tres hombres, se dijo Nick. Sólo tenía que realizar los emparejamientos a su favor: MaryAnne con Kirk, Stephanie con Brett y, por supuesto, Maggie con él.

Así de sencillo.

—Hola, Brett, Kirk, ¿qué tal os va? —los Saludó Nick tras tomar asiento junto al trío—. Mira, Maggie, me he encontrado con dos antiguas compañeras tuyas. ¿Por qué no nos juntamos para que vosotras charléis de los viejos tiempos y nosotros hablamos de cosas de hombres?

—Más tarde, Nick. Brett, Kirk y yo estábamos hablando de la influencia del ozono en el medio ambiente —contestó Maggie con una sonrisa hipócrita—. Estoy seguro de que MaryAnne y Stephanie te harán compañía encantadas.

De hecho, pensó Maggie irritada, a juzgar por cómo lo estaban mirando, aquellas mujeres estarían encantadas de hacer cualquier cosa con él.

Se obligó a no fijarse en ellos y trató de escuchar las explicaciones que Kirk le estaba dando acerca del efecto del

ozono en los animales de la región; pero la risa aguda de MaryAnne no le dejaba concentrarse.

Había pasado una tarde relativamente tranquila hasta que Nick había aparecido con aquellos dos bomboncitos. Malo era saber que a Nick le gustaban ese tipo de mujeres; pero tener al trío delante de sus narices y oírlas reírse por cualquier tontería era demasiado.

—Acercarnos al lago uno de estos días y te lo enseño —oyó que Kirk decía. ¡Dios!, ¿la había invitado a ir a algún sitio?

—¿Por qué no vamos todos? —propuso Stephanie, que también había oído la propuesta.

—Sí, claro... —aceptó Kirk con educación, a pesar de que su intención había sido pasar una velada íntima, a solas con Maggie —. ¿Por qué no?

Maggie no supo si sentirse aliviada o enojada; pero, cuando vio a Nick sonreír, se decidió por el enfado.

_Qué buena idea!, ¿verdad, cariño? —dijo Stephanie, dirigiéndose a Nick.

—Disculpadme —se excusó Maggie, incapaz de aguantar más aquella situación—. Le prometí un baile al señor Winters.

Y, sin mirar ni una vez hacia atrás, avanzó hacia la pista de baile, se meció con la multitud y salió por el otro extremo de la casa. Un sendero iluminado por pequeñas luces conducía a un mirador con vistas al arroyo.

Al menos allí estaría tranquila, pensó mientras oía el croar de unas ranas. Respiró profundamente y trató de calmarse.

¿A quién trataba de engañar?, se preguntó. Por mucho que quisiera, no podía mantener las distancias con Nick. Una fuerza invisible y caliente los atraía cada vez que se miraban...

Y, entonces, de repente, el ruido de unas pisadas que se acercaban al mirador le detuvo el corazón... Se puso recta y luego se giró despacio...

Y sintió una tremenda decepción.

Capítulo Siete

Roger Gerckee, Maggie miró al matón de su infancia. Estaba apoyado contra una columna del mirador, con un whisky en una mano y un cigarro en la otra, tratando de darse un ridículo aire de bohemio.

—Hola, Roger —lo saludó resignada. Luego avanzó hacia la salida, pero Gerckee le bloqueó el paso.

—Así que eres tú de verdad —dijo él con voz algo ebria—. Cuando le pregunté a George Moody quién era esa mujer tan guapa y me dijo que era Margaret Smith, no podía creérmelo.

—Pues ya ves —Maggie se mordió la lengua.

—Así que pensé que debía venir a echar un vistazo de cerca — prosiguió Roger—. Y aquí estamos, los dos juntos.

—¿No venías con una mujer? —preguntó Maggie, rezando porque la cita de Roger apareciese.

—Pero eso no significa que no pueda saludar a una vieja amiga, ¿verdad? Podríamos sentarnos un rato y... charlar —añadió mientras deslizaba la mirada hacia los pechos de Maggie.

Esta sintió ganas de darle una lección, por insolente. Dado que ella era cinturón negro, no le costaría nada dejar a Roger tumbado; pero luego recordó que, durante su formación como karateka, le habían enseñado a perdonar. Y, a fin de cuentas, por muy pesado que Roger fuese, también era inofensivo.

—Tengo que irme —se limitó a decir Maggie—. Le prometí un baile a Ralph Winters.

Intentó sortearlo, pero Roger la agarró por un brazo.

—Ralph puede esperar. Baila conmigo.

—No —se negó Maggie. Roger siguió sujetándola. Con-un simple giro lo tiraría al suelo, pensó ella; aunque, en el último momento, decidió darle una última oportunidad—. Suéltame, ahora.

—Ya has oído a la dama, Gerckee —irrumpió de pronto Nick, lanzando una mirada basilisca a Roger—. Suéltala. Ya.

—Hola, Nick —dijo Gerckee mientras liberaba a Maggie—. ¿Qué pasa? Sólo estábamos hablando.

—Tu chica te estaba buscando —Nick se acercó sin quitar la vista de Roger—. Creo que quería despedirse de ti. Se estaba poniendo el abrigo, aunque igual la alcances antes de que se vaya.

—Sí... será mejor que me apure —aceptó Roger—. Adiós, Nick. Ya nos veremos, Maggie.

—No, si yo te veo primero —murmuró ésta mientras él se marchaba. Todavía no sabía si sentirse aliviada o decepcionada por la irrupción de Nick. La idea de zurrar a Roger personalmente le producía cierto placer; pero, por otra parte, que Nick acudiera a su rescate también le producía placer... aunque de otro tipo muy distinto.

—Creo que éste es el momento en que yo tengo que llorar y gritar ¡mi héroe!

—Habría tirado a ese idiota por la barandilla del mirador —aseguró Nick, aún disgustado con Roger.

—Como si fuera una bolsa de basura, ¿no?

—Maggie esbozó una sonrisa—. Recuerdo un incidente con Roger y un contenedor de basura cuando tenía trece años —añadió.

—Uno de mis mejores recuerdos.

—Y de los míos... ¿Recuerdas por qué lo tiraste a la basura?

—Tratándose de Roger, pudo ser por mil razones.

—Lo hiciste por mí.

—Ah, sí?

—Sí, estábamos en el recreo. Roger se había estado burlando de mí y al final me quitó mi sándwich y lo tiró a la basura. Entonces llegaste tú y lo lanzaste al contenedor.

—Me entraron ganas de ponerle un ojo morado —comentó Nick mientras le acariciaba una mejilla a Maggie—. Así que lo hice por ti, ¿eh?

—Recuerdo cada detalle, hasta la ropa que llevabas —reconoció ella—. Nadie había defendido nunca a la tímida y pequeña Maggie Smith y cuando los otros chicos se pusieron a aplaudir, me sentí como la princesa que ha sido rescatada por su caballero de brillante armadura...

Los ojos de Nick se oscurecieron y la miraron con una intensidad que la hizo temblar.

—Eso es lo que nos une, Maggie? —preguntó con calma—. ¿Por eso siento que hay algo entre nosotros; algo que debería

recordar, pero parece haberse borrado de mi memoria?

—Entre nosotros no hay nada, Nick —aseguró ella, paralizada por el miedo—. Sólo crecimos en la misma ciudad y fuimos al mismo colegio. Yo me enamoré de ti de pequeña, como casi todas las chicas de la clase. Nada más. Esa Maggie ya no existe. Ha crecido y vive en el mundo real, donde la gente asienta sus relaciones en compromisos laborales y afectivos, en vez de en fantasías infantiles y

aventuras de una noche.

Nick se puso serio, apretó la mandíbula y, después de varios segundos, habló:

—Te llevo a casa, vamos —dijo con voz neutra.

Por supuesto que quería llevarla a casa, pensó Maggie. Ahora que por fin se había convencido de que no podría acostarse con ella, quería verla desaparecer cuanto antes. Lo que no era de extrañar, con tantas mujeres como había dispuestas a complacerlo. La noche era joven y todavía podía encontrar algún bombón con la que celebrar una fiesta privada.

—No te preocupes por mí, Nick —contestó ella finalmente—. Volveré a casa en taxi.

—Yo te he traído y yo te llevaré a casa —insistió Nick, agarrándola por un codo.

—Pero...

—No discutas conmigo, Maggie —sentenció

Luego, tras salir del mirador, se chocaron con varios invitados, que paseaban por la parte trasera de la casa.

—Ni siquiera me he despedido de Lucas y Julianna —protestó Maggie, haciendo esfuerzos por seguir el paso de Nick.

—Ya los llamaré yo mañana —contestó éste.

Entraron en la casa y fueron directos hacia un dormitorio que hacía las veces de ropero—. Te espero en la camioneta —añadió cuando le hubo abierto la puerta de la habitación.

Maggie abrió la boca para protestar, pero Nick desapareció antes de que las palabras salieran de sus labios. ¿Sería posible?, ¿quién se creía que era?

Agarró su abrigo de la cama, se lo puso y se colgó el bolso de un hombro. ¿Cómo podía ser tan arrogante?

—Hola, de nuevo —la saludó Roger de pronto, al tiempo que cerraba la puerta del dormitorio—. He visto que Nick se ha marchado, así que tal vez podríamos seguir charlando.

—No tenemos nada de que hablar. Y ahora, si me disculpas, me gustaría pasar.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido, Maggie —insistió Roger—. Hace años que no nos vemos.

—No los suficientes, Gerckee.

Si éste no la hubiera sujetado por un brazo y si ella no hubiera estado tan irritada, quizá no lo hubiese hecho; pero Roger la estaba reteniendo y sí estaba muy irritada, de modo que, con un ligero giro, dejó a Gerckee tumbado en el suelo.

—No vuelvas a tocarme, ¿está claro? —lo amenazó Maggie—. Buenas noches —se despidió, después de que él asintiera con la cabeza.

Salió de la casa y, cuando llegó a la camioneta de Nick, lo encontró esperándola impaciente.

—Por qué has tardado tanto?

—He tenido que echarle una mano a una persona —repuso sin más detalles—. Te has pasado la calle —apuntó tras varios minutos de tenso silencio, al ver que Nick no giraba por Woodrow.

—No.

—Cómo que no? Sabes de sobra que tienes que girar por Woodrow para ir a casa de mis padres.

—Perfectamente.

—Dijiste que me ibas a llevar a casa —protestó Maggie.

—Y te voy a llevar a casa —detuvo el coche, bajó y abrió la puerta de Maggie—. A mi casa.

Esta trató de resistirse, pero Nick la levantó en brazos y la hizo olvidar lo que iba a decir. La llevó hasta la puerta de su taller, introdujo la llave en la cerradura y empujó con la cadera.

—Nick Santos, bájame de aquí ahora mismo! —exigió Maggie cuando por fin recuperó el habla.

—No —denegó él. Luego la llevó al despacho, encendió la luz y la sentó en una silla—. Quédate sentada y escucha, Margaret Smith Hamilton. Y presta atención, porque lo que voy a decirte no se lo he dicho nunca a ninguna mujer y no pienso repetirlo.

Maggie se acomodó en la silla, enojada e intrigada al mismo tiempo, y guardó silencio.

—Nunca he tenido la necesidad de dar explicaciones a nadie —arrancó Nick agitado—. Lo que hago, lo que haya hecho, sólo es asunto mío.

—Nick...

—Me gustan las mujeres —prosiguió éste sin permitir que Maggie lo interrumpiera—. No pienso disculparme por eso.

—No te estoy pidiendo...

—Calla y escucha. Me gustan las mujeres y he salido con muchas; pero eso no significa que me haya acostado con todas ellas. A pesar de lo que pareces pensar de mí, en realidad me he acostado con muy pocas, y nunca fue un rollo de una sola noche. Todas las mujeres con las que he estado han significado algo para mí —aseguró Nick, mirándola a los ojos—. Y tú me importas, Maggie. Desde que nos vimos en el supermercado, he sentido algo por ti. No niego que en parte te desee y no pienso pedir perdón porque quiera acostarme contigo. Al menos soy sincero, que es más de lo que tú estás siendo conmigo.

—Qué quieres decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Tú te sientes tan atraída hacia mí como yo hacia ti. Ni tú ni yo queremos ser simples amigos, pero tú no tienes el valor de reconocerlo —repuso Nick—. ¿Quién te ha hecho tanto daño que no te deja vivir ni sentir?, ¿fue tu marido?

—Fue antes de que me casara, Nick —contestó Maggie con los ojos cerrados, para que no se le saltaran las lágrimas—. Yo era joven... me dejé llevar por la emoción del momento... pero sólo fue...

No podía decirlo. Se negaba a convertir la noche más maravillosa de su vida en algo chabacano.

—Por favor, Maggie —Nick se arrodilló frente a ella y le agarró las manos con delicadeza—. ¿Intentas decirme que tuviste una aventura de una noche?, ¿es eso?

Maggie asintió y él la levantó de la silla, se sentó y la colocó sobre su regazo.

—No puedes castigarte tanto por algo así—Prosiguió Nick—. Son cosas que pasan.

—No a mí, no a la pequeña Maggie Smith. Nunca había hecho algo parecido; ni lo he vuelto a hacer —dijo ella con la voz quebrada—. Pero eso no es todo; sucedió tan rápido... fue tan inesperado que...

_¿Que qué?

—Me quedé embarazada.

—Drew? —preguntó Nick, estupefacto.

—Sí.

—Y el padre de Drew? —quiso saber Nick, al tiempo que le daba un beso en la frente.

—El no... —Maggie se quedó sin palabras.

— Cerdo asqueroso!

—No —se apresuró a decir ella—. Por favor, no me hagas más preguntas; sólo créeme: él no tuvo la culpa de nada.

A pesar de lo peligrosa que podía ser la conversación, Maggie estaba segura de que Nick no sospecharía nada. Imaginaba que al día siguiente se arrepentiría, pero, en esos momentos, sobre el regazo de Nick, el día siguiente no existía; no había pasado ni futuro... sólo presente.

Se sentía segura al amparo de sus brazos, los cuales la rodeaban con ternura y delicadeza. El calor de su cuerpo la estaba derritiendo y el aroma de su loción de afeitar le penetraba los pulmones y despertaba un instinto primitivo imposible de postergar.

—Querías la verdad —arrancó Maggie, después de girarse hacia él, al tiempo que le desabrochaba la camisa e introducía una mano bajo los pantalones de Nick—. Pues aquí la tienes. Quiero hacer el amor contigo.

Capítulo Ocho

Quiero sentir tu boca sobre mis labios, tus manos sobre mi piel… y sobre todo, por encima de todo, quiero sentirte dentro de mí.

Por un interminable segundo, Nick juró haber oído mal, haberse imaginado que Maggie le había pedido hacer el amor con él. No acertaba a moverse ni a decir palabra, temeroso de que, de hacerlo, despertara de un maravilloso sueño.

—Bésame, Nick. Por favor —lo presionó ella, al tiempo que le acariciaba una mejilla.

No necesitó más incentivos. Con un movimiento impulsivo, le cubrió la boca con la suya y la abrazó hasta sentir sus senos aplastados contra el pecho. Luego le mordió los labios y la estrechó con la frustración de quien lleva toda una vida esperando un momento. Ese momento en concreto.

—Maggie, ¿tienes idea de cómo te deseo?

—murmuró Nick.

Ella asintió con un suspiro, echó la cabeza hacia atrás para exponer mejor su deliciosa piel y Nick saboreó su dulzura, trazando un sendero de besos por su cuello, bajando hasta adentrarse en el desfiladero de sus pechos. Cuando le acarició el sostén negro, notó que la respiración se le aceleraba.

Experimentó un deseo primitivo de poseerla de inmediato, con violencia y rapidez, para aliviar el dolor que castigaba sus ingles. Pero, extrañamente, necesitaba algo más de Maggie; algo que no había necesitado de ninguna mujer antes.

Maggie se estremeció entre los brazos de Nick y acercó su redondeado trasero a la potente erección de él. Luego se dio media vuelta y deslizó las manos por su torso mientras Nick le quitaba el sostén, las puntas de sus pechos erectas contra la tela de suave lencería.

—Sabes lo bonita que eres? —le preguntó con voz ronca, al tiempo que paseaba las manos por los costados de sus senos—. ¿Lo sabes?

Maggie trató de responder, pero no logró articular palabra.

Un río de calor líquido anegó su cuerpo, bajo el estómago y entre las piernas. Cerró los ojos y arqueó la espalda hacia atrás para ofrecerse.

Nick se agachó y cerró los labios sobre uno de los pezones, aún cubiertos. La mordisqueó y lameteó hasta hacerla estremecer, hasta hacerla gozar de las emociones más intensas y gloriosas que jamás había sentido… salvo aquella noche de hacía ya casi cinco años.

Desabrochó el enganche del sostén con destreza para contemplar sus pechos desnudos y de nuevo volvió a absorber de sus cumbres rosadas. Maggie notó el calor húmedo de sus labios, le mezo el cabello con las manos y lo atrajo aún más.

—Por favor, Nick —le imploró—. Te necesito.

—Yo también te necesito, preciosa —repuso mientras exploraba sus caderas—. Me estoy muriendo de ganas; pero he pensado mucho tiempo en este momento. Ahora eres mía y no voy a precipitarme…

Sus palabras la excitaron y atormentaron por igual. Y mientras ella pensaba que no podría soportar aquella tortura mucho tiempo, Nick siguió besándola y comenzó a acariciarle los muslos, las rodillas, los pies, hasta quitarle los tacones y las medias y volver hacia arriba, beso a beso, poro a poro.

Creyó que perdería el control al alcanzar el interior de sus muslos; después de subirle la falda, recorrió la frontera de sus bragas con un dedo travieso y luego lo introdujo en la humedad de su interior.

Maggie gimió de placer, le clavó las uñas en la espalda y le exigió un nuevo beso en los labios. Nick la complació, la acarició con suavidad y siguió moviendo su mano bajo la falda de ella.

Entonces, cuando Maggie recorrió su abdomen y descendió para desabrocharle el cinturón, Nick se quedó sin aliento. Luego le bajó la cremallera y rodeó su excitado sexo.

No podía esperar más. Se separó de ella, la levantó en brazos y la llevó hacia la cama. Cayeron juntos y rodaron en un amasijo de piernas y brazos fervorosos, luchando por terminar de desnudarse mientras seguían devorándose a besos. Incluso cuando Nick abrió el cajón de la cómoda para protegerse, sus miradas continuaron enlazadas.

—Nick —susurró Maggie, instándolo a que se apresurara.

Este perdió el control y se situó sobre ella, entre sus piernas.

La observó mientras se adentraba en la intimidad de su cuerpo y ambos exhalaron un gemido, mezcla de placer y de dolor.

La sujetó con los brazos, bajó la cara lentamente hacia el rostro de ella y la besó con dulzura, a pesar de la urgencia que estaba a punto de desbordarlo. Maggie le devolvió el beso con una pasión desesperada y Nick notó su rendición, su necesidad... y algo más a lo que no pudo dar nombre, incapaz de pensar por la excitación.

Comenzó a moverse, lento al principio, hasta haberla penetrado a fondo, y fue sumando arremetidas mientras Maggie gemía y le volvía a clavar las uñas en la espalda, pidiéndole más y más, abrasándolo y abrasándose en una misma llama, consumiéndose los dos en su mutuo deseo... hasta culminar aquel glorioso abandono.

No podía moverse. Ni hablar. Se sentía como si estuviera flotando, en paz tras haber vencido al demonio que la había perseguido durante cinco años.

Nick le rozó los labios con la boca, la abrazó y ambos rodaron hasta mirarse a los ojos, de lado recostados. Maggie le acarició una mejilla y amó el pálpito agitado que sintió en el pecho de Nick.

Sabía que más adelante se arrepentiría de aquella noche, pero no podía arrepentirse de quererlo, como no podía arrepentirse de haber tenido a Drew.

—Estas bien? —le preguntó Nick, mientras le daba un beso en la frente—. Supongo que eso quiere decir que sí —añadió después de que Maggie emitiese un sonido ronroneante.

Incapaz de contenerse, ésta colocó una mano sobre sus brazos y fue bajando hacia su cintura, hacia sus piernas, hasta tocar una cicatriz que había en su rodilla izquierda.

—Me la hice el día que descubrí que no podía volar —comentó Nick al ver la mirada curiosa de ella—. Me parece haber leído que las cicatrices os parecen sexy. ¿Tú qué piensas?

Como si Nick necesitara ser más atractivo, se dijo Maggie. Luego, mientras apoyaba la cabeza sobre una mano y el codo sobre el pecho de él, recorrió la cicatriz con un dedo y, a la altura de la cintura, descubrió una nueva marca.

—Esta parece más antigua —comentó ella.

—Se la debo a lan —repuso Nick, que de nuevo comenzaba a excitarse por las caricias de Maggie.

—A Ian? —preguntó ésta mientras posaba la mano en la parte interna de la pierna de Nick.

—Teníamos quince años e íbamos los dos en mi moto. Se inclinó hacia el lado equivocado al tomar una curva y nos chocamos. Ha sido la única vez que le he pegado y no ha respondido.

—¿Le pegaste?

—Por supuesto —exclamó Nick—. Me rompió la moto. El esperaba que le pegase. Era una cuestión de honor... aunque la próxima vez que lo vea, creo que le daré las gracias

—añadió con una sonrisa perversa.

—¿Le hiciste daño? —preguntó Maggie entonces.

—¿No estarás interesada en lan? —repuso él—. Me vería obligado a pegarle de nuevo.

—No, Nick. Te aseguro que no estoy interesado en lan. Además, ¿cuándo ibas a pegarle? Tú mismo dices que es muy difícil localizarlo.

—A veces sí, a veces no —contestó con el mismo tono críptico que usaba siempre al referirse a su amigo.

—¿Intentas distraerme? —preguntó Maggie cuando él deslizó los dedos entre sus senos.

—Quizá no me guste oírte hablar de otro hombre en estos momentos — repuso Nick, para besarle un punto erógeno de la parte inferior del cuello.

-Está bien, hablemos de ti...

—Mi tema favorito.

—Por qué te fuiste de Wolf River y no volviste nunca?

—Me gustaban demasiado las motos. Y cuando empecé a competir en el circuito profesional, me enganché —respondió Nick, tras reposar la cabeza sobre la almohada—. La verdad es que se me daba bien —añadió mientras le tocaba el trasero.

—Eras el mejor —susurró Maggie, de nuevo excitada—. Pero doce años es mucho tiempo. Y no volviste ni una sola vez.

—Tampoco tenía motivos para hacerlo. Lucas e lan se habían marchado, mi padrastro había muerto y yo estaba muy concentrado en mi carrera: competir era lo único que se me daba bien; lo único que jamás había deseado.

—Y ahora?, ¿qué quieres ahora? —preguntó Maggie con suavidad.

Nick permaneció en silencio unos segundos, mirándola con

una intensidad estremecedora.

—Te quiero a ti, Maggie —contestó por fin, con voz rugosa, colocándola de nuevo boca arriba, sobre el colchón—. A ti.

—Nick, tengo que irme —protestó ella débilmente.

—Ni hablar. Todavía es muy pronto —dijo Nick, para besarla con fuerza a continuación.

Maggie tembló y se abandonó a las caricias de su diestro amante, el cual comenzó a juguetear con sus pezones. Deseosa de tenerlo de nuevo en su interior, recorrió el fornido pecho de Nick, que volvió a besarla con la respiración entrecortada.

Luego deslizó una mano hacia los muslos de Maggie y la paseó por su entrepierna humedecida.

—Todavía tienes que irte? —la desafió él.

—Eso es jugar sucio —protestó Maggie, justo antes de que Nick la penetrara de nuevo.

Maggie le rodeó el cuello con los brazos, la cintura con las piernas, arqueó la espalda para sentirlo más dentro y aguantó cada arremetida hasta la llegada de los primeros espasmos... y de los segundos... hasta que ambos se desplomaron sobre el colchón, colmados y desfondados.

Nick se separó lo justo para poder abrazarla y Maggie recordó las palabras que él le había dicho antes: «tú me importas, Maggie».

¿De veras?, se preguntó emocionada. Pero, aunque así fuera, pensó desolada, no tenían futuro en común. Nick ignoraba que Drew era su hijo y ella sabía que aquel secreto los separaría siempre y arruinaría cualquier proyecto feliz que intentaran compartir.

Era la una de la mañana y Nick aparcó el coche frente a la casa de los padres de Maggie. Había estado muy silenciosa en el camino de vuelta y Nick la notaba más distante por minutos. Lo cual no comprendía.

Había muchas cosas que no entendía acerca de esa mujer. Demasiadas.

—Bueno, tengo que entrar —dijo ella—. No quiero que mis padres...

—Quédate sólo un minuto más —le pidió Nick, al tiempo que le acariciaba un brazo.

Percibió la tensión de su cuerpo, pero Maggie asintió y, poco a poco, se relajó. Se quedaron sentados, en silencio, y Nick se dio

cuenta de que jamás en su vida se había sentido tan contento, tan tranquilo.

Miró por la ventana hacia los jardines de césped y flores. Siempre había envidiado a esas familias en las que los padres iban al campo de fútbol con sus hijos y las madres organizaban fiestas de cumpleaños. Siempre le había parecido que eran miembros de un club privado en el que sólo los privilegiados podían entrar.

Sólo Lucas e lan podían comprender ese sentimiento, aunque ninguno de los dos lo admitiría. Se habían pasado demasiado tiempo intentando hacerse los duros, fingiendo que todo les daba igual...

Se giró hacia Maggie y la besó con una avidez que lo sorprendió.

—Esto no ha sido una aventura de una noche, Maggie —le dijo cuando separó los labios—. Voy a volver. No sólo mañana, sino al día siguiente, y al siguiente y al siguiente. Y al siguiente también. Te lo aseguro.

—Nick, me marcho dentro de tres semanas...

—Entonces disfrutemos de esas tres semanas. Tú, Drew y yo. A partir de mañana mismo; es decir, a partir de hoy —Nick consultó el reloj—, dentro de nueve horas exactamente. Os recogeré para ir de picnic.

Maggie hizo ademán de denegar con la cabeza, pero él la abrazó y volvió a besarla hasta dejarla rendida.

Empañaron las ventanas antes de que, finalmente, la acompañara hasta la puerta. Y mucho después de su último y hambriento beso, después de que ella entrara y apagara la luz del porche, Nick se sentó en la camioneta y se quedó pensativo, preguntándose qué tenía esa mujer para haberlo atrapado de esa forma.

Capítulo Nueve

Una orquesta de jazz actuaba en el par- que. El viento soplaba con suavidad y agitaba las hojas de los árboles, que daban sombra a las docenas de mantas y sábanas que se ex- tendían sobre el césped. Los adolescentes jugaban al baloncesto en una cancha cercana, mientras que los más pequeños correteaban por un parque.

Una tarde de parque como otra cualquiera, pensó Maggie, salvo que esa vez ella y Drew habían ido con Nick Santos.

Suspiró, se quitó las sandalias, se subió la falda por encima de las rodillas y se sentó sobre la sábana que Nick había tendido bajo la sombra de un árbol. Drew le había pedido a Nick que lo empujara en los columpios y ella se había quedado sacando las cosas que su madre había insistido en preparar: ensalada de atún, sándwiches de jamón y queso, alitas de polio, pastas de chocolate y litros y litros de limonada. Había comida suficiente para alimentar a toda la ciudad, y aún sobraría algo.

Sabía lo que su madre tramaba; que aprobaba la relación que Nick estaba tratando de sacar adelante. Pero no iba a dejarse influir por Ángela, pues ya era mayor, aunque no más inteligente en lo concerniente a Nick.

La lógica y el corazón disputaban sin descanso, pero Maggie no había logrado renunciar a disfrutar de unos días preciosos junto a Nick. El dolor de dejarlo quedaría compensado por la felicidad de esos momentos.

Drew dio una carcajada de alegría mientras Nick lo empujaba un poco más alto. Maggie también sabía lo que era sentirse en el cielo, extática. Le bastaba una mirada o una caricia de Nick para empezar a elevarse y acabar con la cabeza en las nubes.

El pecho se le hinchó de felicidad al ver tan unidas a las dos personas a las que más quería en el mundo. Quería recordar cada minuto que iban a compartir, cada imagen, cada olor. Más tarde, cuando regresara a Nueva York y las noches se le hicieran interminables, podría recordar cada uno de esos mágicos momentos.

Sobre todo, se acordaría de la noche anterior; de cada susurro y cada beso. Y esa vez, mientras hacían el amor, había sido su nombre el que había salido de los labios de Nick. Sí, Nick había sabido perfectamente que estaba junto a Maggie Smith, y aquello sería un recuerdo imborrable.

Drew la llamó y Maggie lo saludó con la mano. Luego, cuando Nick le guiñó un ojo, el corazón se le aceleró. Notó que la estaba mirando con hambre, y no precisamente de ensalada.

Sabía que volverían a hacer el amor, lo cual la excitaba y perturbaba por igual.

La comida estaba lista cuando, minutos después, Drew llegó corriendo y se sentó sobre una mantita verde.

— ¿Me has visto, mamá?, ¿has visto que alto estaba?

—Has ido tan alto que los pájaros no podían volar —repuso Maggie con voz amorosa.

Nick tomó asiento junto a ella, la rodeó con un brazo por los hombros y le dio un beso en los labios antes de que Maggie pudiera protestar. Esta miró a su hijo, cuyos grandes ojos se habían agrandado aún más.

—Por qué besas a mi mamá? —le preguntó Drew a Nick, asombrado.

—Porque me gusta un montón —contestó él, sin soltar a Maggie—. ¿Te parece bien?

—Si a ella le gusta, a mí también —dijo Drew, tras meditar la respuesta unos segundos. Luego, distraído por el ladrido de un perro, desvió la mirada—. Mira, ahí está Joshua —dijo al ver a un rubio con pecas, compañero de la escuela, quien lo estaba saludando y haciéndole señas para que fuera a jugar con él. Drew pidió permiso a su madre con la mirada y, cuando ésta asintió, tomó dos pastas de chocolate y salió como una bala.

Corría como un atleta, pensó Nick. Entonces se preguntó si el padre de Drew habría sido atleta, algún deportista famoso al que hubiera conocido en el periódico.

Aunque, por otra parte, prefería no saber nada del padre, para no aceptar que Maggie había estado con otro hombre.

Se olvidó de su enojo y la volvió a besar, en esta ocasión con más ardor, toda vez que Drew ya no estaba presente.

—Nick —Maggie interrumpió el beso—. Por favor. -

—Cuando anoche decías por favor significaba que querías más —le susurró él al oído.

—Ya sabes a qué me refiero —se resistió Maggie—. Aquí no podemos hacerlo.

—Por qué no?

—No quiero que Drew se confunda con nosotros —repuso tras localizar a su hijo con la mirada—. Quizá no lo entendería.

—Yo no lo entiendo, y estoy más que confundido —replicó Nick—. ¿Por qué no me lo explicas tú?

—Ya te he dicho que me voy dentro de tres semanas. Sería duro para Drew si te tomara demasiado... cariño.

—Y a ti, Maggie? -susurró él.-. ¿A ti también te resultaría duro?

—Nosotros somos adultos, Nick. Sabemos cómo manejar nuestros sentimientos.

Lo que no era cierto. Porque Nick no tenía ni idea de cómo controlar los sentimientos que Maggie había despertado en él. La deseaba más que a ninguna mujer y no se trataba de mero sexo, por bueno que éste fuera.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera—concedió Nick—. Cuando Drew esté cerca, seré bueno... Pero cuando no esté delante, te aconsejo que estés atenta, porque voy a ser muy malo —añadió en tono pícaro, al tiempo que le rozaba el labio inferior.

Nick apreció el deseo que nubló los ojos de Maggie, la cual había cerrado los ojos y entreabierto la boca.

—Me voy a jugar al fútbol con los chicos—prosiguió él, obligándose a cumplir su reciente promesa—. Pero piensa en lo que acabo de decirte.

¿Cómo quería que pensara nada?, se preguntó Maggie, tan excitada que apenas podía respirar. En todo caso, pensaría en él: en su boca, sus manos, sus labios...

— Maggie!

Ésta despertó de su ensimismamiento al oír la voz de julianna.

—Hola —la saludó Maggie.

_¿Qué tal? —Julianna se giró e hizo una seña a Lucas, quien se acercó a ambas acto seguido—. ¿Te importa si os acompañamos?

—Me encantaría —aceptó Maggie, deseosa de distraerse con alguien que la hiciera olvidar a Nick.

—Hola, preciosa —Lucas le dio un beso en la mejilla—. Había

visto la camioneta de Nick, pero no podía creerme que existiera la mujer capaz de llevarlo de picnic. Ese chico ha tirado toda su reputación por la borda.

—No le hagas caso, Maggie —intervino Julianna, mientras tomaba asiento en la silla que Lucas le ofrecía—. Lucas está celoso porque su fama de chico malo se arruinó al casarse conmigo, y no soporta que Nick e lan sigan libres como un pájaro.

—No es verdad, mi vida —dijo Lucas, al tiempo que acariciaba el estómago embarazado de su esposa—. Yo estoy encantado de que estemos casados.

—Por qué no te vas a jugar con Nick? —le propuso Julianna con voz amorosa—. ¡Hombres!, ¡no se puede vivir con ellos, pero tampoco sin ellos! —añadió después de que Lucas se hubiera unido a Nick y a Drew.

—Gracias por invitarme a tu fiesta de anoche—Nick y tú os marchasteis temprano. Parecía que teníais un poco de prisa...

¿Lo sabía?, ¿acaso era tan obvio que se habían acostado juntos?

—Yo, bueno... nosotros...

—No te preocupes, Maggie —dijo Julianna entre risas—. Tu secreto está a salvo conmigo; aunque no tiene mucho de secreto. No hubo una sola persona en la fiesta que no se diera cuenta de cómo te estaba mirando Nick.

—¿Me estaba mirando?

—No seas modesta. Parecía que te quería comer de arriba abajo. Como si no hubiera otra mujer en todo el mundo —respondió julianna—. Está enamorado de ti —sentenció.

Maggíe se quedó atónita. ¿Enamorado? Eso era ridículo. Sólo estaba interesado en ella físicamente. Por mucho que le hubiera dicho que ella le importaba, hablar de amor era absurdo.

—Nick y yo somos... amigos —objetó Maggie.

—De acuerdo, Maggie —concedió Julianna, sonriente—. No estoy intentando fisgar. Pero si alguna vez necesitas hablar con alguien, llámame. Las cosas también fueron difíciles entre Lucas y yo al principio.

Luego miraron un segundo a sus hombres, los cuales estaban jugando alrededor de una pelota. Drew acababa de robársela a Nick y se disponía a regatearlo.

—Lucas y tú hacéis una pareja ideal —comentó Maggie

entonces, sonriente—. Me cuesta creer que nada fuera difícil entre vosotros.

—Difícil es poco —Julianna dio un sorbo de limonada y rió —. ¿Quieres saber cómo me pidió que me casara con él? Me chantajeó.

—Qué?

—El pensaba que me estaba obligando a ser su esposa y yo le dejé creerlo. La verdad era que estaba enamorada de él desde los catorce años; pero ésa es otra historia. Aquí vienen los chicos...

Estupefacta por la confesión de Julianna, Maggie no tuvo tiempo de responder antes de que Drew, su amigo Joshua y los dos hombretones las rodearan.

—Tenemos hambre —anunció Drew—. La mamá de Joshua dice que puede comer con nosotros si a ti no te importa.

Se volcaron con la comida con el mismo entusiasmo que habían mostrado para jugar al fútbol.

Maggie no recordaba una tarde más estupenda. Y también Drew parecía emocionado. Luego, después de dar cuenta de la última pasta de chocolate, corrió a jugar con los tanques de juguete de Joshua.

Mientras, Nick y Lucas, como guerreros saciados tras un banquete, estiraron las piernas y reposaron las cabezas sobre las manos, con los ojos cerrados.

—Bueno, Maggie —arrancó Julianna, al tiempo que se sacudía unas migas de pan de sándwich—, cuéntame lo de Roger.

—Roger? —preguntó Maggie, mirando a Nick, el cual había abierto un ojo.

—Ya sabes, lo de anoche —insistió Julianna—. Roger y tú. En el dormitorio.

Maggie notó que se había ruborizado.

Nick ya había abierto los dos ojos y tenía el ceño fruncido. Hasta Lucas parecía estar prestando atención con sumo interés.

—No hay mucho que contar...

—Pues a mí no me dio esa impresión —Julianna dio un sorbo de limonada—. Lo estampaste contra el suelo sin que se diera cuenta de por dónde le venía el golpe.

—De qué demonios está hablando? —le preguntó Nick a Maggie.

—Es que no se lo has dicho? —intervino julianna, haciéndose la inocente.

—Decirme qué.

—En realidad no es nada —comenzó Maggie—. Yo sólo...

—Le hizo una llave —se adelantó julianna—. Lo levantó y lo tiró de espaldas contra el suelo. Hemos fundado un Club de Fans de Maggie Smith y yo soy la presidente. Espero que en nuestra primera reunión nos relates ese momento tan glorioso con todo tipo de detalles.

—Tú lo sabías? —le preguntó Nick a Lucas, al oírlo reír.

—Roger seguiría tirado en el dormitorio de invitados si no lo hubiera ayudado a levantarse —respondió Lucas—. Parece que la pequeña Maggie es de armas tomar.

Nick la miró y apretó los dientes. Todavía recordaba con desagrado la imagen de Roger sujetando a Maggie de un brazo para impedirle salir del mirador. Había tenido que realizar un gran esfuerzo para contenerse y no meterle un puñetazo en condiciones...

Y ahora resultaba que Roger había vuelto a molestarla y ella se las había arreglado por sí sola. Sabía que no tenía sentido, pero no pudo evitar sentirse furioso.

—Me voy a ver cómo andan los chicos

—anunció tras ponerse de pie, visiblemente enojado.

Cuando llegó a la altura de éstos, ya se había calmado un poco. Drew y Joshua estaban jugando con unos soldaditos de plástico, bajo la atenta mirada de los padres de éste, que saludaron a Nick con una amplia sonrisa.

—Adam Wheeler —se presentó el padre.

—Nick Santos.

Después de darse la mano, Adam le presentó a su mujer, Susan, una guapa morena de suaves ojos azules.

—Gracias por dejar que Joshua juegue con tu hijo —dijo ella —. Somos nuevos en Wolf River y Josh no conoce a muchos niños todavía. Nos gustaría que tu esposa y tú dejarais que Drew venga a jugar a nuestra casa algún día.

Pensaban que Drew era su hijo. Y Maggie, su mujer. Nick sonrió y decidió no sacarlos de su error. Por raro que fuese, de alguna manera, la idea le gustaba.

—Tendré que preguntarle a Maggie —repuso.

—Es increíble lo mucho que os parecéis Drew y tú —prosiguió Susan.

Nick la miró a los ojos y pestañeó. ¿Qué había dicho?, ¿que

Drew se parecía a él? Contuvo las ganas de echarse a reír. Aunque, por otra parte, era cierto que los dos eran morenos y tenían los ojos negros. Y había cierto parecido en la forma de sus mentones; luego no era tan extraño que la gente supusiera que Drew era hijo suyo, ¿no?

Lucas y julianna se habían ido a dar un paseo cuando Nick regresó junto a Maggie.

-¿Sigues enfadado? —le preguntó con una expresión dulce que no encajaba en absoluto con la de una mujer karateka.

—Al menos podías habérmelo contado —repuso Nick, refunfuñando adrede, para ver si así conseguía sacarle un beso.

-Podía.

-Y?

—No hay mucho que contar. Me acorralé en el dormitorio cuando entré por el abrigo. Yo estaba de mal humor, así que cuando me puso una mano encima, lo volteé y lo tiré al suelo. Fin de la historia.

—De modo que no necesitabas que te ayudara en el mirador, ¿verdad? Yo intentando salvarte, pensando que estarías asustada, y tú solita podías haber despachado a ese idiota. Lo que te habrás reído de mí.

—No, Nick. No me he reído de ti en absoluto —aseguró Maggie—. Me pareció maravilloso. Tú me pareciste maravilloso.

—Sí? —Preguntó Nick, reparado un poco su orgullo—. ¿Te parecí maravilloso?

—Y dulce.

No sabía si aquello era dulzura, pero la expresión de los verdes ojos de Maggie le detuvo el corazón con un sentimiento que no logró identificar.

—Voy a besarte, Maggie —aseguró Nick con anhelo—. No ahora, porque no sería capaz de detenerme. Pero luego, cuando nos quedemos a solas, voy a besarte hasta que no recuerdes ni tu propio nombre.

—De acuerdo —aceptó ella sonriente, tras suspirar con suavidad.

Capítulo Diez

—Te necesito. Sin ti estoy perdido. Por favor, Maggie, haré cualquier cosa. Sólo dime qué quieres y lo haré.

Maggie levantó las cejas pacientemente y se cambió el auricular de una oreja a otra. Thomas Grane, su jefe en el periódico, llevaba llamándola sin parar desde hacía tres días.

—Thomas, tengo diez días más de baja. Ya lo hemos discutido: no puedo volver hasta que el doctor diga que mi padre puede conducir de nuevo. La semana que viene, me imagino.

—Maggie, te lo suplico —insistió Thomas—. David Brooks está enfermo, Dan Howard está psicótico y Georgia está amenazando con dimitir.

—Y cuál es el problema? —preguntó Maggie—. Todo sigue como siempre.

—Por favor, por favor, escúchame…

Maggie, cansada de oír los mismos argumentos durante los tres días pasados, giró la muñeca y miró la hora. Nick iba a llegar a las cuatro, y ya eran menos diez. No había dicho adónde iban a ir; sólo que llevara vaqueros. El estómago le calambreaba con la misma excitación de cuando era adolescente cada vez que lo veía.., lo que había sido muy frecuente a partir del día del picnic. Demasiado frecuente, sin duda; pero no había conseguido decirle que no.

Nick Santos sabía conseguir lo que quería… lo cual coincidía a la perfección con lo que ella misma deseaba, pensó Maggie sonriente.

Y no sólo se habían pasado el tiempo en la cama. También habían ido al cine, a cenar o a la bolera. Y Drew los acompañaba siempre cuando paseaban por la mañana.

—Maggie!, ¿me estás escuchando? ¡Contesta, maldita sea!

—Sí, Thomas. Estoy aquí y te estoy escuchando: me necesitas, quieres que vuelva inmediatamente, me darás cualquier cosa a cambio…

De pronto, alzó la vista y se encontró a Nick apoyado en el quicio de la entrada a la cocina, observándola. Llevaba unos vaqueros, una chaqueta de cuero negro, camiseta blanca y botas

negras. Estaba de infarto.

Este avanzó hacia ella, bajó la boca y la besó con ternura.

—Tengo que colgar, Thomas —dijo Maggie sin resuello—. La casa se está quemando y tengo que llamar a los bomberos.

Después, nada más colgar, Nick le acarició el cabello y le inclinó la cabeza para poder besarla con más profundidad.

—Quién estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que volvieras? —le preguntó—. Necesito un nombre antes de matarlo.

—Thomas Crane, mi jefe. Y no hace falta que lo mates. Ya lo haré yo misma —contestó Maggie—. No te he oído llamar.

—Tu padre estaba en la entrada y me invitó a pasar.

—Bueno —Maggie agarró una chaqueta y se la puso—, deja que me despida de Drew y de mamá.

—Entonces vas a hacerlo? —le preguntó Nick.

—El qué?

Se vas a marchar?

La intensidad de su voz y de sus ojos le hizo dar un vuelco a su corazón. No habían vuelto a hablar de la duración de su relación desde el día del picnic, así como no se habían hecho promesas sobre su futuro.

—Intentas librarte de mí? —se obligó a bromear.

—Te vas a marchar? —insistió Nick.

—No hasta que mi padre se recupere del todo —repuso Maggie con la voz quebrada por la emoción—. Dentro de unos días, como poco.

—¡Nick!

Los dos se giraron al oír el animoso saludo de Drew. Y, entonces, al ver a Nick agacharse sonriente para abrazar al pequeño, a pesar de lo serio que había estado hasta ese momento, le entraron ganas de llorar, conmovida.

—Hola, colega —dijo Nick—. ¿Cómo te va?

—Puedes venir el viernes al cole y hablar de tu trabajo? Mi seño quiere que todos los papás y mamás nos cuenten lo que hacen y yo sé que tú no eres mi papá, pero le he preguntado a mi seño si podías venir y dice que sí. ¿Vas a venir?

—Por supuesto... si a tu madre no le importa.

—No le importa, ¿verdad, mamá? —le preguntó Drew a Maggie.

Nick notó que ella vacilaba y sintió una punzada de rabia.

Sólo les quedaba una semana y Maggie ya estaba distanciándose, poniendo barreras entre ambos, como antes de la fiesta de Lucas y julianna. Aunque quizá no se mostrara tan fría si se lanzaba encima de ella y la besaba hasta anular su parte racional

—Puede, mamá? —insistió Drew.

—Claro, cariño —aceptó Maggie por fin—. Si tiene tiempo.

—Lo tengo —aseguró Nick, a pesar de que era precisamente el tiempo lo que se le estaba acabando a toda velocidad.

Maggie se había permitido abandonarse a la pasión, había sido participé de la alegría de vivir de Nick, se había sentido deseada, salvaje y libre; pero ese día era especial.

Ese día la había invitado a dar una vuelta en moto. De verdad.

El viento soplaba contra su cara mientras avanzaban vertiginosamente por la autopista.

—Adónde vamos? —le preguntó Maggie, rodeando a Nick por la cintura con los brazos, cuando éste se desvió hacia una carretera que subía hacia las montañas.

Pero él no respondió. Se limitó a cambiar de marcha y a girar. Como si fueran un sólo cuerpo, Maggie se inclinó hacia el mismo lado que Nick, aplastando los pechos contra la espalda de él.

Luego ascendieron entre pinos y abetos, hasta que, por fin, después de decelerar y adentrarse en un sendero del bosque, Nick detuvo la moto, se quitó el casco y la ayudó a bajar.

—Dónde estamos? —preguntó Maggie con voz y piernas temblorosas.

—Ven —Nick sacó una manta de la parte trasera de la moto, le agarró una mano y comenzó a andar.

Varios minutos después, cuando ya empezaba a faltarle el aliento para seguir el ritmo de Nick, sin resuello por la proximidad de éste y la pendiente del camino, llegaron a una cumbre desde la que se divisaba un arroyo serpenteante, orillado por exuberante césped, que espejeaba la puesta de sol.

—Es precioso —exclamó ella.

—Pensé que te gustaría —dijo Nick mientras extendía la manta.

A quién no? —Maggie recostó la espalda sobre la ancha explanada de su pecho y pensó que, si fuera posible detener el tiempo, ése sería el momento ideal—. ¿Cómo encontraste este sitio?

—Por casualidad. Tenía trece años y estaba enfadadísimo. Me habían echado del colegio por fumar en el gimnasio y, como sabía que no podía volver a casa tan temprano, agarré mi bicicleta y empecé a pedalear hasta que llegué aquí. Para mí fue todo un descubrimiento. Después de ese día, volví con mucha frecuencia.

—Tú solo?

—Preguntas si venía con chicas?

—Me refería a Lucas e Jan —mintió Maggie, fingiéndose indignada.

—Sí, claro —se burló Nick—. La respuesta es no, en cualquier caso. Nunca había traído aquí a nadie. Lucas e lan ni siquiera saben que este sitio existe. Necesitaba tener un escondite que fuera mío, donde nadie pudiera localizarme.

Y, sin embargo, la había llevado a ella... Incapaz de articular palabra, se giró para mirarlo y vio en la expresión de su cara al niño solitario, repudiado por su propia madre, abandonado a la tutela de un padrastro borracho.

Con lágrimas en los ojos, se giró entre los brazos de Nick, lo rodeó por la cintura y le dio un abrazo.

—Qué te pasa? —le preguntó él al verla llorando.

—Yo... —quiso decir que lo quería, pero se detuvo a tiempo— Lo siento... Siento mucho que tu madre te dejara con ese hombre tan horrible. Eras sólo un niño, no te lo mere

—Maggie, el pasado es historia y nadie puede cambiarlo —dijo Nick, conmovido—. Y el futuro es incierto, así que... sólo importa el presente —añadió.

Sin embargo, en ese instante, con Maggie acurrucada entre sus brazos, se dio cuenta de que el futuro comenzaba a importarle más que en toda su vida, deseoso de poder compartir el resto de sus días junto a ella, con Drew.

¡Dios!, ¡se había enamorado de verdad!, comprendió con asombro.

—En qué piensas, Nick? —quiso saber Maggie.

Se imaginó la cara de estupefacción que debía de tener, pero no era el momento adecuado de decirle lo que estaba sintiendo, pues lo más probable sería que Maggie echara a correr a Nueva York.

En cualquier caso, en los pocos días que les quedaban, haría todo lo posible para demostrarle que ella también lo amaba a él.

No podía dejarla escapar.

—Maggie, ¿tienes idea de lo que me estás haciendo? —le preguntó conmovido mientras le acariciaba el cabello y le secaba con los labios una lágrima que le caía por la mejilla.

Luego bajó la boca y ella entreabrió los labios para darle la bienvenida, le rodeó el cuello mientras él deslizaba las manos espalda abajo, hasta el trasero, y la apretó contra sí. Después se dejaron caer sobre la manta, con suavidad, y mientras Nick la sujetaba sentado, ella le rodeó la cintura con las piernas, moviendo el cuerpo con la misma sensualidad que sus lenguas.

Nick necesitaba entregarse a ella, no sólo en cuerpo, sino también con toda su alma. Introdujo las manos por debajo del top de Maggie y las deslizó por su terso estómago. Cuando le desabrochó el sostén y se llenó las manos con sus pechos, Maggie se estremeció y gimió su nombre, echó la cabeza hacia atrás, levantó los brazos y se dejó sacar el top. La sangre le latió en las sienes al verla, semidesnuda, con los senos firmes y elevados, y los pezones endurecidos de excitación.

Maggie se arqueó al sentir los labios de Nick sobre una de sus cumbres, susurró el nombre de éste, una y otra vez, hasta que él cambió de pecho y la siguió saboreando.

Tampoco ella podía contenerse. Primero le quitó la chaqueta de cuero, luego la camisa y, torso a torso, restregó sus senos por el pecho de Nick, que de nuevo buscó su boca, al tiempo que los dos se desabrochaban los cinturones de los vaqueros.

Entonces se tumbó, la atrajo hacía sí mismo y Maggie paseó los labios por su pecho, y fue bajando... hasta deshacerse de sus calzoncillos.

Erecto de ansiedad, respiró profundamente yjuró que no volvería a hacer el amor si ella no formaba parte de su vida. Tenían que estar siempre juntos, pensó desesperado, o se volvería loco.

Nick la subió, terminó de desnudarla, la besó con fiereza y la tumbó boca abajo.

Luego se acomodó entre sus piernas y observó el deseo en los ojos titilantes de Maggie, los cuales reflejaban el brillo de la luna impaciente, ya en el horizonte.

La penetró con suavidad y, de pronto, el mundo entero desapareció. Estaba a solas con Maggie y aquello era el mismo cielo. Se perdió allí, ahondando en el éxtasis de su pasión, y se

sintió en casa, pletórico y redivivo.

Por su parte, a pesar de que el cielo estaba despejado, Maggie estaba convencido de que los truenos estallaban y los rayos centelleaban en las alturas, como si se hallaran a la intemperie, en medio de una tempestad.

Lo oyó gemir su nombre, notó el calor de sus arremetidas,, más profundas cuanto más le arañaba la espalda con las uñas. Y el corazón se le aceleró, la respiración se le entre- cortó, los sentimientos se le descontrolaron, salvajes y montaraces, constelados de amor por Nick.

Y gritó, notó que el cuerpo se le tensaba, los espasmos la azotaron como una ola contra el malecón... y sólo al final llegó el silencio, cómplice y glorioso.

Permanecieron abrazados mientras una suave brisa los acariciaba. Nick se apartó un segundo para estirar la manta y cubrir a Maggie, se miraron sonrientes, saciados de inconfeso amor.

—Guau! —susurró él con voz ronca.

—Sí, ¡guau! —repitió ella, riéndose. No era muy poético, pero sí harto descriptivo.

Y, sin embargo, en medio de tanta dicha, irrumpió un pensamiento amargo: ¿cómo podía sentirse tan feliz existiendo secretos entre ambos?, ¿acaso no se merecía Nick más?

El mismo sueño. Otra vez. Sólo que, en esta ocasión, más real que nunca. Estaba en el bosque, a oscuras, sujetaba a una mujer entre los brazos, la besaba, la acariciaba... pero, como siempre, no podía ver su cara, ni hablarle.

La mujer iba alejándose en la densidad de la niebla, él intentaba seguirla, pero no lograba moverse... y terminaba despertando sudoroso, con el corazón agitado.

Nick encendió la lamparita de noche, se mezo el cabello y miró el reloj; eran las cuatro de la mañana y sabía que no conseguiría volver a dormirse.

Respiró profundamente y fue a la cocina, donde puso la cafetera a calentar. Sabía que la mujer no era Maggie, pero estaba seguro de que se debía a la marcha de ésta a la semana siguiente. La noche anterior, recordó con frustración, mientras tomaba un helado con ella y con Drew, había mencionado Nueva York varias veces.., para comunicarle con sutileza que su tiempo juntos se estaba agotando.

Abrió un cajón de la cocina, extrajo una cajita de terciopelo negro y la mano le tembló al sacar el anillo de diamante que había en su interior. El estómago le calambreó.

Le iba a pedir que se casara con él. Ya había preparado una cena romántica, con velas, en una mesa del restaurante Four Winds. Hasta había reservado una suite, para celebrar que ella aceptaba…

¿Y silo rechazaba?, ¿y si de veras se marchaba con Drew? Había llegado a encariñarse del pequeño más de lo que jamás había imaginado. Los quería a los dos, como nunca había querido nada en la vida.

Ella lo había cambiado todo. Hasta su encuentro con Maggie, siempre había estado contento con quién era él y con lo que hacía; había disfrutado de cada segundo de cada día… pero ahora estaba obsesionado con ella, sentía palpitares que ninguna otra mujer le había despertado nunca.

Miró el anillo unos segundos, lo metió en la caja y la cerró. Ese día tenía que ir al colegio de Drew para hablar de su trabajo… aunque no fuera su padre.

¿Cómo reaccionaría él si le dijera que quería ser su papá, casarse con Maggie y pasar el resto de sus vidas los tres juntos?

Capítulo Once

Exhaló un largo suspiró, restituyó la cajita a su cajón, se sirvió una taza de café bien fuerte y comenzó a prepararse para el día más importante de su vida.

—Cómo estoy?

—¿Me estás pidiendo un piropo? —replicó Maggie mientras le alisaba las solapas de la chaqueta.

Estaban en el salón de actos del colegio de Drew. Maggie ya había hablado de su trabajo como periodista y escritora, así como habían intervenido un bibliotecario y una doctora en otorrinolaringología. En esos momentos había un contable durmiendo a los chiquillos. La señorita Perry había reservado a Nick para el final y Maggie sabía que era un acierto.

—No me das un beso de buena suerte?

—preguntó él con tono sensual.

—Hay niños delante. Compórtate —le reprochó Maggie.

—Qué te parece, entonces, si vienes a mi casa después?

—Tengo que llevar a mi padre al médico a las once y luego he quedado con Julianna para comer.

—Sólo son las diez. Tenemos tiempo para...

—Nick Santos! —irrumpió la voz de la señorita Perry—. Tu turno, Nick. Los chicos están ansiosos por verte —añadió, al tiempo que lo desnudaba con la mirada.

Maggie prefirió no pensar en todas las mujeres en las que Nick se fijaría cuando ella se hubiera ido. Ya le costaba mucho separarse de él, de modo que no tenía sentido atormentarse imaginándoselo con otras.

—Maggie —la llamó la señorita Perry—, estamos grabando las intervenciones de todos para tener un recuerdo de este encuentro. ¿Te importa darle a grabar después de que presente a Nick?

—En absoluto —Maggie sonrió y tomó el grabador de la señorita Perry mientras ésta se llevaba a Nick del brazo.

—Muy bien, chicos. Prestad atención un momento. Drew Hamilton le ha pedido a un amigo muy especial que esté con nosotros hoy, así que tenéis que portaros muy bien mientras está

hablando —les pidió la señorita Perry—. ¿Podéis darle los buenos días al señor Santos?

—Buenos días, señor Santos —corearon unas doscientas vocecillas mientras Nick se acercaba al micrófono. Cuando se llevó una mano a la oreja y dijo que no oía bien, los niños gritaron alto, y cuando Nick se llevó las manos al pecho y dio un traspiés hacia atrás adrede, todos se echaron a reír.

Era de esperar, pensó Maggie mientras ponía el grabador en funcionamiento. Acostumbrado a tratar con los medios de comunicación durante tantos años, era lógico que supiera ganarse la simpatía de un público mucho más receptivo.

Luego pasó a contar cómo pasó de disfrutar montando en moto a dedicarse al motociclismo profesionalmente, e indicó que el dinero no debía ser el principal motivo para elegir un trabajo, sino que éste te gustara, para pasarlo bien y que nunca se tuviera la sensación de estar trabajando.

Maggie se acercó al borde del escenario para localizar a Drew, el cual tenía una sonrisa de oreja a oreja y no se perdía una sola palabra de su adorado Nick.

Cerró los ojos para que no se le saltaran las lágrimas y lamentó lo mucho que iba a hacer sufrir a Drew cuando lo separara de su padre...

Desde el día del viaje en moto, sabía que tenía que contarle a Nick la verdad. Tal vez no volviera a hablarle y renegara de Drew, pero éstos se merecían una oportunidad. Fueran cuáles fueran las consecuencias, eran ellos los que tenían que tomar sus propias decisiones.

Por cobardía, había decidido esperar hasta el último día; pero al ver a Nick hablando con los niños, saludando a Drew con una mano y a éste devolviéndole el saludo emocionado, comprendió que no podía esperar tanto.

Mientras, él hablaba sobre la importancia de ir al colegio y de la educación.

Maggie se alejó unos metros. No podía hacerle frente en ese instante; necesitaba un poco de tiempo para pensar y encontrar las palabras adecuadas... Y rezó porque de veras las encontrara.

Nick aceleró justo antes de entrar en el aparcamiento de su taller. Luego hizo un caballito y después hizo tres ochos con la moto, hasta detenerla justo donde quería estacionaria.

Estaba contentísimo. Al fin y al cabo, acababa de salir airoso

de su primera intervención como papá en el colegio de Drew, y estaba a punto de pedirle a la mujer a la que amaba que se casara con él. Miró el reloj e imprecó en silencio al ver que sólo eran las once menos cuarto de la mañana. Tenía mesa reservada para cenar a las ocho, y no recogería a Maggie hasta las siete y cuarenta y cinco. ¿Qué diablos iba a hacer durante nueve horas? Entonces se le ocurrió acercarse a la montaña, donde tal vez hallara la quietud suficiente como para serenarse.

Pero no, no podía ir a la montaña, comprendió resignado mientras se quitaba el casco; después de haber llevado allí a Maggie, no dejaría de pensar en ella.

Se puso a dar vueltas con ansiedad por el taller, echó un vistazo a un motor en el que había estado trabajando el día anterior, fue a su despacho y maldijo al comprobar que tenía diez mensajes en el contestador automático.

De acuerdo: adelantaría algo de papeleo, haría un par de llamadas para matar el tiempo. Cuando ya iba a descolgar el teléfono, notó que el casete que la profesora de Drew le había dado seguía en el bolsillo de su camisa. Lo sacó, lo colocó en el estéreo... y se quedó helado:

—Probando, probando...

Se giró despacio y miró hacia su equipo estéreo desconcertado. ¿Se había equivocado de cinta? Dos segundos después, oyó la voz de la señorita Perry y luego la suya propia al saludar a los chicos. Luego no se había equivocado...

Rebobinó, subió el volumen y volvió a pulsar la tecla de reproducir: era tina voz suave, delicada, sexy... ¿La de Maggie?

La señorita Perry le había dado la cinta a ella para que grabara su intervención, recordó Nick. Y él mismo la había visto probar si la grabadora funcionaba...

Volvió a escucharla, cerró los ojos y nuevamente la escuchó.

Sintió un escalofrío, un calambrazo que le recorrió la espalda y lo levantó de la silla como un resorte. Fue al dormitorio, manoteó dentro de una caja que guardaba bajo la cama, repleta de fotos, medallas y objetos para el recuerdo, y, cuando por fin encontró el casete que buscaba, lo agarró, regresó con él al despacho y lo introdujo en la pletina del equipo:

—Probando, probando...

Miró las dos cintas con el ceño fruncido. Eran idénticas, sonaban igual, sólo un poco más temblorosa la voz de la cinta

antigua.

¿Qué demonios estaba pasando?

Cierto que todo el mundo decía probando, probando al iniciar una grabación; pero las voces de la dama misteriosa y de Maggie eran iguales... como si fueran la misma mujer.

Se quedó perplejo y, segundos después, descolgó el teléfono.

El taller de Nick estaba en silencio cuando Maggie entró una hora después. Ni ruido de motores ni música a todo volumen. De no ser porque su camioneta y su moto estaban fuera, habría pensado que no estaba allí.

—Nick? —Maggie avanzó, entró en el despacho y al verlo sentado, casi en penumbra, sin decir nada ni moverse, sólo mirándola, se sobresaltó—. ¿Estás bien? —sólo habían pasado dos horas desde que se había despedido de él, pero era obvio que algo terrible había ocurrido.

—Siéntate, Maggie —le pidió con una voz tan fría que la aterrorizó.

—Qué pasa? —inquirió ansiosa.

—Cuándo ibas a decírmelo?

—El qué? —preguntó helada.

—Lo de Drew... Que es mi hijo —añadió al ver que Maggie no decía nada.

¿Cómo?, ¿cómo se había enterado?, se preguntó desesperada.

Nick puso una cinta en el equipo de música y ambos oyeron la voz de Maggie al comprobar el funcionamiento de la grabadora.

—Lo... lo hice esta mañana.

—Lo hiciste hace cinco años —repuso Nick, tras denegar con la cabeza—. El periódico te había pedido queme entrevistaras y te dejaste la cinta en el cuarto de baño de mi dormitorio. La guardé como recuerdo de una noche gloriosa con una mujer sin nombre ni rostro... ¿Es así cómo entrevista a todos los hombres?, ¿te metes en su cama y luego te marchas sin decirles siquiera tu nombre? — añadió dolido.

—No —susurró ella con un hilillo de voz—. No...

—Después de oír la cinta, fue sencillo localizarte. Hace cinco años, justo cuando yo competía allí, tú trabajabas para el Tribune de Carolina del Norte. Tu antiguo jefe ha sido tan amable de enviarme por fax el artículo que escribiste, con detalles de la carrera y de la fiesta en el hotel, firmado por M.J.Smith—explicó

Nick, al tiempo que le entregaba el fax—. ¿Por qué, Maggie?, ¿se trataba de un juego para ti?, ¿el mismo juego con el que me has estado engañando desde que volviste a Wolf River?

—No —acertó a responder—. Tienes que creerme.

—Creerte? —se burló Nick—. Eso es lo último que haría.

—Hace cinco años —arrancó Maggie, destrozada—, mi jefe me encargó que te entrevistara. Me quedé aterrorizada. El ni siquiera sabía que tú y yo nos conocíamos. Y con lo famoso que eras y el tipo de vida que llevabas, yo misma pensaba que- no te acordarías de la pequeña y simple Maggie Smith... Cuando entré en la fiesta que celebraste en la suite de tu hotel, comprendí que no podía enfrentarme a ti. Me iba a marchar, pero un hombre rubio que servía champán pensó que yo había ido a mirar una avería de tu cuarto de baño. Intenté explicarle que yo no pertenecía a la plantilla del hotel, pero había mucho ruido y yo estaba muy nerviosa, así que acabé en el baño, bebiendo champán... Me relajó, me animó a sacar adelante la entrevista... Entonces comprobé que la grabadora funcionaba y, al salir del baño, tu habitación estaba a oscuras... y choqué contigo. Cuando dijiste que me habías visto y que te alegrabas de yerme.., fui tan tonta que creí de verdad que sabías que era yo. Luego me besaste y ya no pude pensar. Me limité a creerlo que quería creer: que un hombre como tú podía querer a una mujer como yo —finalizó abochornada.

—Me abandonaste —dijo Nick con sequedad.

—Me llamaste por el nombre de otra mujer—susurró ella—. Me sentí humillada, había hecho el ridículo... ¿Cómo podía volver a verte?

—Estabas embarazada, maldita sea! —gritó Nick enfurecido, al tiempo que se levantaba de la mesa.

—Me enteré seis semanas después —replicó Maggie, acongojada—. Hacía mucho que habías vuelto a los circuitos. Y cuando logré reunir el valor para llamarte y hablar contigo, estabas inmerso en un juicio por una demanda de paternidad. Habrías pensado que yo era otra aprovechada que quería sacarte dinero. No soportaba la idea de ver mi foto en todos los periódicos sensacionalistas. Habría perdido mi trabajo... y, entonces, ¿cómo habría cuidado de mi bebé?

—Nuestro bebé —espetó Nick—. Tenía derecho a saberlo.

—Nick, tú ni siquiera sabías que habías hecho el amor

conmigo. Si te lo hubiera dicho, ¿habrías creído que la mujer con la que te habías acostado era la pequeña y aburrida Maggie Smith?

Cuando Nick se acercó a la ventana del despacho, ella se atrevió a acercarse y rozarle un hombro.

—Eras virgen —dijo él con voz neutra.

—Sí.

—Y pensaste que no me importaría? —preguntó Nick rabioso —. ¿Creías que llevaba una vida tan alocada, que meterme en la cama con una mujer virgen era el pan mío de cada día? —añadió, aún dándole la espalda.

—No te conocía —admitió Maggie—. Sólo podía imaginarme la vida que llevabas. Y aunque te hubiera podido aportar pruebas de que Drew era tu hijo, no podía imaginar que te gustaría cambiar de vida. No quería imponerte un bebé que no habías pedido.

—Y te lo quedaste —apuntó Nick con amargura.

—Nunca pensé en no tenerlo —Maggie lo miró con dureza—. Lo amé desde el momento en que supe que estaba creciendo dentro de mí. Decidí educarlo sola.

—Y Richard?

—Ya te he dicho que Richard fue un error. Por mucho que Drew necesitara un padre, habría sido peor seguir con un hombre al que no amaba.

—O sea, que en tu vida sólo hay errores, ¿no, Maggie?

—Lo siento, Nick —se disculpó ella—. Si quieres, Drew podría visitarte de vez en cuando. No tendría que quedarse contigo; podría estar en casa de mis padres, para que pudieras verlo cuando tuvieras tiempo.

—Visitarlo de vez en cuando? —Repitió Nick con dureza—. ¿Cuando tenga tiempo?

—Por favor, tienes todo el derecho del mundo a estar furioso conmigo; pero no odies a Drew, te lo ruego. El te quiere muchísimo —imploró Maggie.

—Odiar a Drew? —repitió Nick, estupefacto—. ¿Acaso crees que podría odiarlo?, ¿tan mal concepto tienes de mí?

—Nick, por favor, escúchame...

—No, Maggie. Escúchame tú. Hace una hora estaba dispuesto a suplicarte que te quedaras en Wolf River. Con Drew. Creía que me había enamorado de ti. Hasta quería casarme contigo —dijo

en tono sarcástico—. Para tratarse de la pequeña y simple Maggie Smith, sabes cómo destrozar la vida de un hombre.

—Nick… —lo llamó ella sin molestarse en secar las lágrimas que le caían por las mejillas.

—Tu turno ha terminado, Maggie —dijo Nick con seriedad—. Ahora soy yo el que va a cuidar de Drew y tú la única que lo va a visitar de vez en cuando.

—Qué? —exclamó Maggie, súbitamente pálida.

—Que vuelvas a Nueva York si te da la gana; pero no te llevarás a Drew. Me has robado casi cinco años de la vida de mi hijo y no pienso perderme ni un día más. Y te aseguro que no habrá ningún juez que no se ponga de mí lado.

Maggie sintió que la habitación le daba vueltas. Aquello no podía estar sucediendo.

—No puedes hacer eso —susurró desgarrada—. No puedes quitarme a Drew. Por favor, perdóname.

—Vas a llegar tarde a tu cita con Julianna, Maggie —repuso él, indiferente—. Cierra la puerta al salir.

Deseó arrodillarse y suplicarle que la escuchara, pero lo vio tan enojado que sabía que

no serviría de nada. Nick nunca volvería a hablar con ella. Jamás la creería. : Capitulo Doce

Se dio media vuelta, sorprendida porque sus piernas la sostuvieran, y salió del taller con el corazón destrozado.

Quería emborracharse e iba a hacerlo.

Pero no todavía. En esos momentos prefería sentir las dentelladas de su corazón. El dolor

alimentaba su ira y ese enojo era lo único que lo mantenía vivo. Eso, y saber que Drew era su hijo. Tenía sus ojos y su pelo, su sonrisa… Drew era su hijo, se repitió con incredulidad. Y de Maggie.

Se había quedado de piedra al enterarse de la verdad, y todo el tiempo había estado convencido de que debía de tratarse de una extraña coincidencia. Apretó la mandíbula, rompió un vaso y tiró una pila de papeles por el suelo.

—Qué ocurre? —le preguntó de pronto Lucas mientras miraba el caótico aspecto del despacho de Nick.

Este quiso que Lucas dijera algo más para volcar todo su enfado en él; pero se conocían desde hacía mucho tiempo y su amigo sabía cuándo debía hablar y cuándo esperar.

—Drew es mi hijo —soltó sin rodeos.

—Y deduzco que no lo sabías —comentó Lucas con asombro.

—Cómo demonios iba a saberlo? Hasta hace dos horas ni siquiera era consciente de que Maggie y yo nos hubiéramos acostado.

—Quieres hablar del tema? —preguntó Lucas con cautela.

—Sí, supongo que sí —supuso Nick. No paró de dar vueltas mientras le contaba todo lo que había descubierto: cómo había acabado Maggie en su cama, cómo había desaparecido, los motivos que ella le había dado para no comunicarle su embarazo...

—Me he perdido más de cuatro años de la vida de mi hijo —se lamentó Nick cuando hubo terminado—. Su primera palabra, sus primeros pasos, sus primeras navidades... ¿Cómo voy a recuperar todo eso?

—Pensar así no te va a servir de nada —comentó Lucas—. Es mejor que te centres en el presente.

—Eso mismo estoy haciendo —aseguró Nick—. No pienso perderme ni un día más de la vida de Drew. Se va a venir a vivir conmigo.

—¿Y Maggie?

—¿Qué pasa con ella?, ¿acaso crees que me importa después de lo que ha hecho? —preguntó dolorido.

—Sí, creo que te importa mucho —Lucas miró de nuevo el estado del despacho—. Más que nada en el mundo.

—No me digas qué es lo que pienso —gritó Nick—. Se supone que eres mi amigo y si yo digo que no me importa, más te vale estar de acuerdo, o te saltaré los dientes de un puñetazo.

—Tienes razón, Nick —Lucas sonrió y se preparó para lo que iba a ocurrir—. Esa mujer no merece la pena. Es una mentirosa y está claro que se acuesta con el primero que pille. No te conviene mezclarte con una mujer así. Por mucho que te atraiga, es obvio que sólo es buena en la cama. Con ese cuerpo y esa cara, cualquier hombre querría seducirla...

Corno lo había previsto, esquivó el puñetazo que Nick le mandó. Luego dejó que lo agarrara y que le ajera un par de golpes en el cuerpo, para desahogarse, hasta que, por fin, decidió que iba siendo hora de poner las cosas claras vio sentó en una silla de un golpetazo.

—Y ahora te digo que de verdad pienso—prosiguió Lucas

mientras tomaba asiento al lado de Nick, ya desfondado—. Creo que te mueres de amor por Maggie. Creo que deberías acabar con todo este drama y casarte con ella. Hasta el más idiota es capaz de ver que ella también está enamorada de ti, Nick. Lo demás se arreglará solo. Confia en mí, amigo—finalizó Lucas.

Nick no podía creer en él. Tenía el corazón roto y no tenía ni idea de qué hacer con todos los pedazos.

—Vuelve a Nueva York la semana que viene—dijo por fin—. Se quiere llevar a Drew. ¿Cómo diablos va a arreglarse nada?

—Hablando con ella, para empezar —respondió Lucas—. ¿Dónde está ahora?

—Había quedado a comer con Julianna, pero igual ha cancelado la cita. Estaba destrozada cuando se marchó de aquí.

—No me extraña. Y más si le has dicho que le ibas a quitar a Drew —repuso Lucas—. ¿Cómo sabes que no ha huido con él?

—No, no se marchará hasta que su padre pueda volver a conducir.

—Julianna se estaba vistiendo cuando me llamaste para que viniera. Llamaré a ver si sigue en casa —Lucas se llevó la mano al bolsillo en el que guardaba su teléfono móvil; pero no lo encontró. Después de buscarlo por el suelo unos minutos, lo encontró tirado en una esquina a la que había ido a parar durante la pelea con Nick. Luego, por fin, marcó el teléfono de casa y, al no obtener respuesta, llamó al restaurante… donde tampoco la localizó—. ¡Qué raro que Julianna no haya avisado al restaurante para cancelar la cita! Será mejor que vaya a casa a ver si todo está bien. Mientras tanto, ¿por qué no

intentas encontrar a Maggie? Habla con ella, Nick. No tienes nada que perder —se despidió Lucas, preocupado por el paradero de Julianna.

—Cariño, ésta no es la solución —dijo Ángela Smith mientras metía un jersey en la maleta de Drew.

—Es la única solución, mamá —respondió Maggie—. Siento mucho no habértelo contado antes. No quería avergonzarte. Perdóname, por favor —le pidió con lágrimas en los ojos.

—No hay nada que perdonar —contestó Ángela, también llorosa, mientras abrazaba a su hija—. Papá y yo estamos orgullosos de ti. Siempre lo hemos estado. Os queremos a ti y a Drew con todo el corazón.

Maggie no había dejado de llorar desde que había salido del

taller de Nick. Ahora le había contado toda la verdad a su madre e iba a escaparse con Drew.

Puede que fuera otro error, pero no sabía qué hacer aparte de alejarse de Nick lo máximo posible. Estaba segura de que éste estaba tan enfadado que cumpliría con su amenaza de arrebatarle a su hijo y, aunque tuviera que cambiar de ciudad y de trabajo diez veces, eso no sucedería nunca.

Después de terminar las maletas y de meter a Drew en el coche, Maggie se despidió de su padre y éste la abrazó con más intensidad que de costumbre.

Luego, tras llorar otro poco con su madre, como había llorado Drew al enterarse de que se iban, arrancó rumbo al aeropuerto. Sólo al llegar a la altura del Rancho Blackhawk recordó su cita con Julianna. Tenía que despedirse de ella. Había sido una buena amiga y quería hacerle saber lo mucho que valoraba dicha amistad.

Giró, avanzó unos metros y, mientras aparcaba el coche, se prometió no quedarse más de cinco minutos.

¿Ju1ianna? —la llamó tras haber golpeado la puerta y no obtener respuesta. Maggie empujó la puerta, que estaba entreabierta, y oyó un gemido que provenía del dormitorio—. ¡Julianna!

—Maggie!, ¡sé que estás ahí!, ¡abre la puerta!

Llevaba cinco minutos llamando al timbre y, dado que no estaba con Julianna, no podía sino estar en casa con sus padres. ¿Y dónde estaban éstos?, se preguntó mientras miraba por la ventana: definitivamente, no había nadie dentro.

—Señorita Potts? —la llamó al ver a la vecina—. ¿Ha visto a Maggie?

—Yo no me meto donde no me llaman, señor Santos —contestó la señorita Potts a la defensiva—. Soy una buena vecina.

—Estoy seguro, señorita Potts. Sólo quiero saber si ha visto hoy a Maggie.

—Pues.., la verdad es que sí.

—Hace poco?

—Hará una hora. Hizo las maletas y se marchó con el pequeño. Me destrozó el corazón verla llorar tanto mientras se despedía de sus padres.

—Sabe dónde están ellos? —preguntó Nick con ansiedad.

—Eso es lo que me preocupa. El padre de Maggie estaba en el

jardín cuando Ángela lo llamó y le dijo que tenían que ir al hospital en seguida. Espero que no haya pasado nada.

¿El hospital?, habían tenido un accidente?, pensó Nick horrorizado. Se dio media vuelta y, sin despedirse siquiera de la señorita Pons, montó en la moto y se dirigió a toda velocidad hacia el hospital más cercano.

Cuando, después de varios minutos agónicos, llegó a Urgencias, preguntó a la recepcionista por Maggie y por Drew.

—Si han venido en ambulancia, todavía no me habrán pasado sus papeles. Pregunta ahí dentro —respondió la recepcionista, apuntando hacia el pasillo reservado para los pacientes que llegaban de urgencia.

Pero allí sólo había un doctor y una enfermera atendiendo a un adolescente que se había fracturado una pierna.

Un teléfono. Tenía que encontrar un teléfono y llamar al siguiente hospital más cercano. Cuando lo localizó, en la sala de espera principal, divisó al señor Smith, parapetado como siempre tras un periódico.

—Señor Smith?

—Ya era hora de que aparecieras —repuso Boyd con el ceño fruncido.

—Maggie, Drew... ¿están bien?

—Cómo van a estar bien?

—Pero tampoco están muy mal, ¿verdad? —preguntó Nick, desesperado.

—Mi Maggie es una chica fuerte y saldrá adelante; pero Drew es sólo un niño. Los niños no siempre se recuperan de estas cosas. Yen tal caso, siempre quedan secuelas —contestó Boyd—. ¿Le dijiste a mi hija que le quitarías a mi nieto?

—Estaba furioso, señor Boyd —respondió Nick, destrozado—. Pero no creo que sea el momento de discutirlo —añadió.

—Pues a mí me parece un momento perfecto. Estas cosas llevan su tiempo. Al menos así fue hace veintinueve años.

—No le sigo, señor Smith —dijo Nick, perturbado.

—Los bebés, Santos. Los bebés llevan su tiempo.

—Cómo?

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Boyd al ver que Nick se había quedado blanco—. No eres tú el que va a tener gemelos.

Bebes, gemelos...

¡Julianna!, comprendió por fin Nick. Gracias a Dios, no había habido ningún accidente. Maggie y Drew sólo habían ido al hospital a acompañar a julianna a dar a luz.

—Dónde están Maggie y Drew? —quiso saber, inmensamente aliviado.

—Drew se ha ido con la abuela a tomar un refresco a la cafetería. Maggie iba a hacer compañía a julianna hasta que llegara Lucas; pero éste ha llegado hace un rato, así que no sé dónde se habrá metido.

Nick echó a correr y entró al área reservada para los pacientes. No quería violar la intimidad de Lucas y Julianna, pero necesitaba encontrar a Maggie...

Entonces, después de doblar la esquina de un pasillo, la vio, triste y sola, mirando hacia el cristal de la guardería. Se le cayó el alma a los pies al verla tan frágil y abatida...

Por mucho que le hubiera ocultado la existencia de su hijo, no podía dejar de amarla, comprendió mientras se acercaba a ella.

—Maggie —la llamó cuando estuvo a su lado.

—Me iba a marchar —confesó ella, agotada, tras unos segundos en silencio—. Con Drew. Había hecho las maletas y me acerqué un segundo a despedirme de julianna. La encontré en su habitación, con dolores de parto. Había llamado a Lucas al móvil, pero no respondía. Lo avisé yo más tarde mientras la traía en coche al hospital —relató telegráficamente.

—Cómo está ahora?

—Está bien. Los niños se han adelantado un poco, pero el doctor dice que están sanos y no espera problemas.

Nick cerró los ojos y, al abrirlos, se maravilló contemplando a los dos bebés.

—Cómo era Drew al nacer? —preguntó por fin.

—Moreno, siempre tenía los ojos abiertos, como si no quisiera perderse nada —respondió Maggie tras exhalar un suspiro.

—Tienes fotos?

—Muchas... Y vídeos —respondió con lágrimas en los ojos—. Te los mandaré todos.

—No me basta con eso.

—Nick, entiendo que me odies —dijo Maggie con la voz quebrada—. Pero te lo ruego, no me quites a mi hijo.

—También es hijo mío. Drew necesita un padre... y una

madre.

—De qué estás hablando?, ¿custodia compartida?

—Algo así... Quiero que te cases conmigo

—le pidió de repente, tal como había decidido durante aquellos eternos y angustiosos minutos en los que había temido por la vida de Maggie y Drew.

—Qué?, ¿te casarías conmigo, a pesar de lo que sientes por mí?, ¿sólo por Drew?

—Lo que siento por ti es lo único que me impulsa a casarme contigo, Maggie. Te quiero. Sigo enfadado por lo que has hecho, pero no puedo vivir sin ti... Y, si no me equivoco, tú también me quieres.

—De... de verdad quieres casarte conmigo? —balbuceó Maggie mientras Nick la abrazaba contra su pecho—. ¿De verdad me quieres?

—Puede que necesites ir al otorrino —bromeó Nick—; pero antes contéstame, Maggie:

¿tú también me quieres?

—Puede que tú necesites ir al oculista —retrucó Maggie—. Si no ves que te quiero, que te amo desde que me salvaste de Roger Gerckee cuando éramos pequeños, entonces es que estás ciego.

—Y aquella noche en Carolina del Norte? —preguntó Nick con los ojos de par en par—. ¿También estabas enamorada de mí?

—Me aterraba estar cerca de ti, por miedo a hacer el tonto. Sé que hice una tontería, pero fue porque te amaba y quería que tú 1 fueras el primer hombre con el que me acostaba. Cuando me di cuenta de que me habías confundido con otra, no pude esperar y volver a mirarte a la cara... No serías mío, pero al dejarme embarazada de Drew, al menos siempre conservaría algo de ti.

—No tienes perdón —Nick suspiró—. Pero yo te lo voy a conceder... Cásate conmigo,

Maggie. Quédate en Wolf River, con Drew, por favor —le pidió mientras sacaba un anillo

del bolsillo.

—Sí —susurró ella, llorando de alegría—.Sí... —repitió, con el anillo ya en el dedo,

justo antes de que Nick buscara sus labios y ambos volcaran todo su amor en aquel beso insuperable.

Epílogo

La primavera llegó pronto a Wolf River. En el jardín de Lucas y julianna florecían tulipanes rojos y amarillos, petunias blancas que prometían un espectacular despliegue de belleza en las siguientes semanas.

Coincidiendo justo con la boda, pensó Maggie mientras se balanceaba en una mecedora de Julianna y acariciaba la cabeza del pequeño Nathaniel, moreno como su hermana Nicole, de ojos azules a diferencia de los de él, de color negro.

Julianna mecía a Nicole en los brazos, junto a Maggie. Si se quedaba embarazada en los siguientes dos o tres meses, pensó ésta, también ella tendría un bebé en primavera.

Nick le había prometido una boda por todo lo alto: por la iglesia, con la familia y los amigos. Todavía no podía creerse que había dimitido de su trabajo y que un camión de mudanza le estaba trayendo sus pertenencias desde Nueva York...

No podía creerse que de veras fuera a casarse con el hombre al que había amado toda su vida, se dijo sonriente.

De pronto oyó a Drew reírse y sonrió aún más todavía. Había sido un poco embarazoso explicarle que Nick era su papá de verdad; pero lo único que le había importado al pequeño era que iba a quedarse en Wolf River y que tenía un papá al que adoraba.

—Mamá, mira lo que hemos pescado —gritó Drew de repente, el cual apareció secundado por Nick y Lucas—. Tío Lucas dice que vamos a limpiar la trucha para que no os mareéis viendo la sangre.

—¡Qué detalle! —comentó Julianna—. Parece que os quedáis a comer — añadió, dirigiéndose a Maggie, quien consideraba ya a Julianna como una verdadera hermana, más que como una amiga.

—Qué raro! —exclamó entonces Lucas, al oír el timbre de la puerta—. ¿Esperas a alguien, Julianna?

—Debe de ser la señorita Walters. Me pidió que contara mi experiencia como madre en el Club de Mujeres —respondió en tono resignado.

—Si quieres abro yo y le pongo cualquier excusa —se ofreció Maggie.

Y, en efecto, con el pequeño Nathaniel aún en brazos, se levantó, abrió la puerta... y se quedó-perpleja:

—Ian! —exclamó al ver a Killian, tan guapo y fuerte como siempre.

—Vaya con la pequeña Maggie Smith! —exclamó lan a su vez —. Nick me había dicho que habías cambiado, pero no me hacía una idea de hasta qué punto... Entiendo que este renacuajo es de Lucas y Julianna, ¿verdad? Ni siquiera Nick puede acelerar ese proceso —añadió con picardía mirando con pavor al bebé.

—Se llama Nathaniel —lo informó Maggie—. ¿Por qué no entras y conoces a su hermana?

Killian la siguió y, al verlo llegar, Julianna se quedó tan asombrada como Maggie anteriormente.

—Ian Shawnessy!, ¿cuándo has llegado?

—le preguntó cuando por fin encontró la voz para hablar.

—Hace un rato —contestó mientras miraba a Nicole—. He alquilado una casita por el río.

—Voy a avisar a Lucas y a Nick —dijo Julianna—. Nicole, cariño, dile hola a tío lan. Mamá vuelve ahora mismo.

Y, antes de que. Killian pudiera protestar, Julianna le puso a la pequeña en el brazo derecho. Maggie le guiñó un ojo a su amiga y puso a Nathaniel en el Otro brazo de lan.

—Oye... esperad... volved —protestó éste, mientras las dos mujeres se alejaban.

—Esta por no haber venido a nuestra boda

—bromeó Julianna.

—Fíjate, tan grande y con miedo de un par de bebés —comentó Maggie, sonriente—. ¿Crees que tiene posibilidades?

—Siempre se tienen posibilidades —aseguró Julianna—. Mira a Lucas y a Nick —añadió sonriente.

—Qué pasa con nosotros? —preguntó Lucas, seguido por Nick y Drew, los cuales acababan de salir de casa.

—Tenemos compañía, muchachos. Ha venido el tercero de los Chicos Malos —anunció

Maggie.

—Shawnessy! —exclamaron Lucas y Nick al unísono.

—En carne y hueso —dijo Julianna—. Pero más vale que os deis prisa o se desmayará sujetando a los bebés.

Lucas y julianna avanzaron hacia el jardín para darle la bienvenida. Nick empezó a seguirlos, pero luego se detuvo un segundo, agarró a Drew con una mano y a Maggie con la otra y, antes de recibir a Jan, la besó.

—Qué bueno es estar en casa! —murmuró contra los labios de ella.

Drew soltó una risotada al ver que su mamá se ruborizaba y ésta sonrió feliz… Feliz para el resto de sus días.